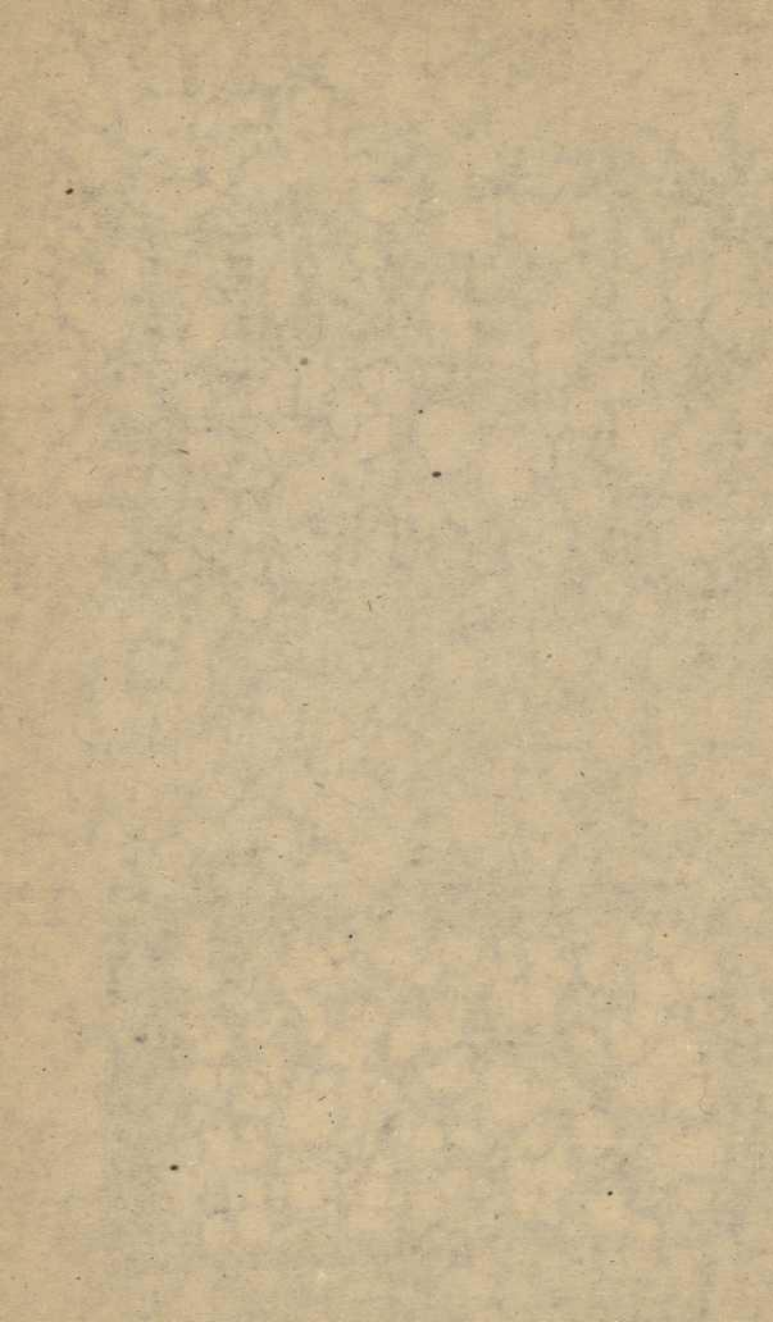


B.P. de Soria



61115346
D-2 22727



02

27727

5346



LA BASE TRÓFICA
DE LA INTELIGENCIA

OBRAS DEL AUTOR

ORÍGENES DEL CONOCIMIENTO: EL HAMBRE. *Prólogo de*
D. Miguel de Unamuno. Editorial Minerva, Bar-
celona. 4 ptas.

FERMENTOS DEFENSIVOS. (En prensa la 2.^a edición).

R. 11.699

LA BASE TRÓFICA DE LA INTELIGENCIA



CONFERENCIAS DADAS EN
LA RESIDENCIA DE ESTU-
DIANTES LOS DÍAS 12 Y 14
DE NOVIEMBRE DE 1917

POR

R. TURRO



PUBLICACIONES DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

SERIE I.—VOL. 4.

M A D R I D

1918

ES PROPIEDAD
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY

DERECHOS RESERVADOS
PARA TODOS LOS PAÍSES

COPYRIGHT 1918 BY
RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

I

*UNIVERSALIDAD DE LA CREENCIA
EN LO REAL*

EL problema de si las cosas del mundo ambiente son o no son algo subsistente, no ha sido nunca un problema para el linaje humano. En el ajeteo de la vida ordinaria, nadie se preocupa de esto; unánimemente, sabios o ignorantes, cultos o incultos, bestias y personas, dan por supuesto que no cabe dudar de una cosa tan clara y evidente. Esta verdad viene imponiéndose desde que el mundo es mundo. No ha conmovido esa certidumbre la tesis de que los sentidos alucinan a la mente con el espectáculo de un mundo ex-

terior que no es más que una apariencia el linaje humano, desentendiéndose de razones, ha seguido imperturbablemente creyendo que quien padece ilusiones son los que esto suponen. Descartes puso a Dios como garantía de que los sentidos no nos engañaban, y el linaje humano tampoco estimó necesaria esta garantía para fiar en ellos. También se ha dicho que creemos en la realidad de las cosas porque así lo creen los demás, erigiendo en criterio de certeza el criterio de sentido común, y en esto marran cuantos así lo entienden, porque, quién más, quién menos, según haya fijado en ello su atención, todos estamos convencidos de que las mismas razones que nos fuerzan a nosotros a creer en la realidad de las cosas, a ellos les obligan también, y de ahí la uniformidad de pareceres, por manera tal, que si para otros esas razones no existieran y pensasen libremente acerca de esto, creeríamos que deliran o están

locos, y como quedase un solo cuerdo sobre la tierra, ese seguiría creyendo que las cosas son.

Bien persuadidos de que en cuanto perciben los sentidos queda algo independiente de la forma en que es percibido, algo que en sí mismo no es luz ni color, ni huele ni suena, ni es caliente, ni frío, ni sápido, una cierta jerarquía selectísima de hombres que se destacan como cumbres por encima del género humano, se han preguntado: «Eso que es, ¿qué será?» Con formular esa pregunta se ha planteado el problema metafísico. Nosotros lo dejaremos a un lado como si en este momento no nos interesase saber si lo real es ente, si es sustancia única, si es un yo en que todo se resume al ponerse a sí mismo como objeto, si es idea increada que es y no es, y en perpetuo devenir va concretándose, si es voluntad que crea el mundo como representación, si es la identidad monística creadora de cuanto existe me-

diante la evolución... Desentendiéndonos de ese aspecto trascendental del problema de lo real, nuestro propósito es más modesto, incomparablemente más humilde. Concíbese lo real como se quiera, aspiramos únicamente a saber cómo y de qué manera hemos llegado a conocer que en las cosas que pueblan el ambiente en que vivimos, hay un sustantivo que no es percibido por los sentidos.



*LO REAL NO ES PERCIBIDO POR
LOS SENTIDOS*

AL plantear el problema de los orígenes de ese conocimiento, nos hallamos en una situación parecida a la de Hermann Lodze cuando se propuso determinar los orígenes empíricos de la noción del espacio. Se había fantaseado grandemente acerca de cuál fuere la naturaleza del espacio, y para ello no había necesidad de inquirir de qué datos elementales surge en la mente esta noción, y esa es la cuestión que trató de resolver Lodze al formular su teoría genética. Lo propio ocurre con la noción empírica de lo real. Metafísicamen-

te la realidad será esto o aquello; mas, sin negar el derecho a concebirlo como parezca mejor a cuantos se sientan con bríos para tan alta empresa, siempre queda en pie, en espera de una solución, el problema de los orígenes de ese conocimiento.

Desde luego cabe observar que la percepción de la íntima realidad de las cosas no nos viene de los sentidos. Tomemos, por vía de ejemplo que así nos lo ponga de manifiesto, una sensación externa, cualquiera que sea, un contacto, un color, una sapidez. Un cuerpo ejerce una presión sobre un área dada del tegumento externo, y consecutivamente a esa acción la conciencia acusa: 1.º Un cambio de estado al que llamamos sensación; 2.º La presencia de la cosa que lo determina en el lugar periférico en que esa acción se ejerce. El primer elemento, o sea la sensación, nos lo explicamos satisfactoriamente por el cambio de estado que expe-

rimenta el nervio centrípeto impresionado, por el cambio de estado que experimenta la neurona receptora. Sin dificultad comprendemos que a esa condición fisiológica, la conciencia responda con un sentir especial, con una sensación específica propia del sentido afecto. Recordemos la doctrina de Johannes Muller, hoy clásica entre los fisiólogos, a pesar de las sombras con que la ha empañado Guillermo Wundt: los nervios sensoriales no transmiten cualidades de la cosa, sino sus propios cambios de estado, y siendo esto así comprendemos claramente que al cambio de estado que experimenta la neurona receptora, la conciencia responda a su vez con otro cambio de estado; lo que no se comprende es cómo en la conciencia, a más de ese cambio puramente interno por ser debido a la reacción nerviosa, surja espontánea y milagrosamente el conocimiento de que hay una cosa adjunta al tegumento externo. ¿De dónde brota ese

conocimiento? No se sabe, pero lo cierto es que brota con el cambio sin que se barunte cómo.

Un terrón de azúcar o un grano de sal se disuelven en la boca. Los nervios gustativos cambian de estado como cambia de estado consecutivamente el núcleo central receptor, y la conciencia, a más de la modificación interna que se experimenta, acusa de improviso la presencia de una cosa en cada uno de los dos casos, que es sal en uno y azúcar en otro. ¿Por dónde le viene el conocimiento de una y otra? ¿Por dónde nace el conocimiento de una cosa que en sí misma ni es dulce ni es salada, toda vez que esas cualidades no son propias de la cosa misma, sino de la sensibilidad específica que así reacciona?

Repitamos el caso con el color. Las ondas luminosas reflejadas desde un objeto emplazado en un cierto sitio del espacio, determinan en la retina un color, y

ese color, desde el fondo del ojo, es proyectado al objeto mismo que emitió la luz, no importa ahora saber por obra de qué mecanismo. Nos parece entonces que ese color con que revestimos al objeto es propio del objeto mismo, y esto es un error, porque lo cierto es que sigue siendo retiniano, y por si una duda nos asalta, fascinados por la objetivación, se desvanecerá en cuanto observemos que si una perturbación modifica el funcionalismo retiniano, el color cambia a pesar de que el objeto sigue emitiendo la luz de la misma manera que antes. Pues bien: por el hecho de atribuir el color, nacido de una sensibilidad diferenciada, a un objeto exterior, la percepción de ese color nos denuncia la presencia de una cosa sombría, de una cosa incolora, que está allí, en el fondo del espacio al que fué proyectado. ¿De dónde nos vino el conocimiento de esa cosa? He ahí un misterio que permanecerá eternamente indescifrable,

mientras nos empeñemos en explicarlo por la visión, ya que todo nos inclina a creer que no conocemos esa cosa porque el color retiniano le sea proyectado, sino que el color retiniano le es proyectado en cuanto se sabe que de esa cosa emana la excitación que determina en la retina el nacimiento del color.

Cabe extender a las restantes sensibilidades externas lo que indicado queda respecto del tacto, el gusto, la visión. Desde Johannes Muller, sabemos que cada una de estas sensibilidades, al reaccionar ante la excitación, determina una nota que no depende de la cualidad de esta excitación, sino de la propiedad fisiológica de cada una de ellas. Así observamos que ante un mismo excitante, como el eléctrico, cada sentido reacciona según su nota peculiar, y aparecen fosfenos en la visión, zumbidos en los oídos, sabor metálico en la boca, cosquilleos en la piel; lo propio sucede con el envenenamiento con la digital o el

fósforo, con la presión o la contusión mecánicas, como si el sentido no pudiese nunca reaccionar de otra manera de como reacciona ante su excitante natural. Si, pues, lo que percibimos en los cuerpos del ambiente en que vivimos por medio de los sentidos son las cualidades mismas del sentido que les atribuimos, ¿cómo su percepción nos delata la presencia de una cosa aparte, confinada en el espacio, que allí queda como la posibilidad perenne de determinar las mismas sensaciones?, ¿cómo alcanzamos a percibir que esta cosa es?

A la vista del hecho irrecusable, exclamaba admirado Hume, el gran empírico inglés: «¡Esto es incomprensible!»; y Voltaire, el cínico, que se pasó lo mejor de su vida burlándose de los milagros, decía: «¡Esto es un milagro!» Y milagro es efectivamente y asaz incomprensible cuando nos empeñamos en penetrarlo desde ese punto de vista. Una excitación o una causa que produce un efecto, cuyo contenido

excede al contenido de la causa misma, más que paradoxal, es una cosa absurda, una cosa inconcebible. No lo ven así los que no se penetran bien de los términos de la cuestión. El magno misterio le pasó desapercibido a Condillac, mientras animaba su estatua simbólica. Al percibir la estatua el olor y a la vez la rosa que lo determinaba, el color y el objeto que revestía, suponía el filósofo que el mármol se animaba como se animaba él mismo con la excitación de sus sentidos, y con trasladar el misterio desde sí mismo al mármol, creíalo desvanecido, y la verdad es que subsistía de igual manera; agudamente ha dicho nuestro Balmes que si la estatua percibía, es porque Condillac estaba dentro.

*IMPERATIVO KANTIANO DE LA
REALIDAD*

LAS cosas claras nunca dieron que pensar, y muy oscura debe ser ésta cuando tanto ha preocupado a las inteligencias más conspicuas. Ningún filósofo se ha percatado tan profunda y admirablemente de la magnitud del problema que plantea la percepción sensible, como Emanuel Kant. El es quién al observar que con deprimir una área dada de corpúsculos táctiles, por ejemplo, brota de improviso en la inteligencia el conocimiento de una cosa, con más el de una causa, el conocimiento de un lugar del espacio, el conocimiento

de una cantidad, el de una cualidad, el de una relación, da por demostrado desde luego que esa masa global de conocimientos, ni brota ni puede brotar del sentido, y si no puede brotar del sentido, claro está que ha de brotar de la inteligencia misma. De ahí la necesidad de destrabarla de ellos, aislándola de toda acción exterior; de ahí la necesidad de observarla desde sí misma, y estudiar cómo funciona al comprender la cosa, el espacio, la duración, la cantidad, la cualidad, la causalidad, la modalidad, la relación. Inútilmente se buscará en la sensación la explicación de todos estos conocimientos; hay que buscarla en el funcionalismo de la inteligencia misma. Proceder de otra manera es como pretender estudiar el esfuerzo muscular por el movimiento que imprime a los cuerpos, invirtiendo así los términos de la cuestión, ya que el impulso comunicado a los cuerpos debe ser explicado por el modo como se desarrolla y aplica el esfuerzo, y no por el

modo como se mueve el cuerpo. Lo propio pasa con la inteligencia. Cuando se da por supuesto que el mundo exterior nos es dado con la sensación, y conforme es dado es comprendido, no se tiene en cuenta que esa inteligencia sólo puede comprenderlo según ella sea y no según sea el mundo.

Los sentidos, aisladamente considerados, suministran una materia ciega, amorfa, caótica, y con esos materiales informes la inteligencia elabora el objeto del conocimiento según la naturaleza de sus funciones. Todos los aspectos en que la materia es comprensible, ya están presupuestos en el sujeto de una manera virtual y eminente, como la condición de esa comprensión, como los universales que hacen comprensible lo particular. No podemos representarnos un espacio limitado sin el espacio en que trazamos las líneas en que lo limitamos, y como esa forma es dada nativamente en la facultad intuitiva, y en ella son encuadradas las sensaciones pro-

cedentes del sentido, nosotros comprendemos que ocupan un lugar del espacio precisamente por poseer la representación del mismo.

La materia sensorial distribuída en forma de sensaciones aisladas unas de otras, en planos distintos del cóncavo profundo, dura más o dura menos en el lugar que ocupan y no comprenderíamos esos varios tiempos sin la representación del tiempo indefinido, del que cada duración particular no es más que una determinación.

Aquella materia informe, que está ya ordenadamente distribuída en lugares y tiempos, es cualitativa, y las cualidades son susceptibles de modalidades y no serían comprendidas bajo estos aspectos si las categorías respectivas del entendimiento no contuviesen la condición de esa comprensión.

Del propio modo palpitan en la razón pura las categorías supremas de cantidad y causalidad, en las que todo culmina y

se aduna. Por la primera, comprendemos que todo es susceptible de aumento o disminución, que todo es descomponible en partes; mas la valoración de las partes sería imposible sin la comprensión del todo de que esas partes se desprenden, y ese todo no es más que la representación de la cantidad pura.

Por el mismo estilo comprendemos que esas sensaciones que aparecen encuadradas en el lugar respectivo de ese espacio interior que las recibe a manera de una pantalla, en el que duran y en el que brillan con su cualidad peculiar, no aparecen ni desaparecen espontáneamente o por manera arbitraria. Una voz muy honda, desde el fondo de la mente, nos dice que todo lo que comienza a ser tiene una causa; que nada de cuanto aparece, dura y se extingue, brota del vacío; que, antes bien, está vinculado de un algo que lo crea; esta voz no es inducida de precedentes: es nativa, original; con ella nace la razón como

la condición de cuanto es comprensible bajo el aspecto causal. Lo que mueve al hombre a explicar el eco por la reflexión de las ondas sonoras, la dilatación de los cuerpos por el calor, la refracción de la luz por la densidad del medio que atraviesa, estableciendo así una conexión necesaria o lógica entre el fenómeno precedente y el subsecuente, nos viene de adentro, de esa categoría causal que nos presenta la sucesión fenoménica bajo esta forma, y nos impone la comprensión de que el antecedente debe ser puesto indispensablemente para que aparezca el consecuente.

Así, y sucesivamente, examina Kant, con la pertinacia del genio que no se agota, con la labor pacienzuda de un benedictino, fase por fase, cuanto la inteligencia comprende en la materia sensorial, y siempre concluye que, cuantos aspectos cabe en ella concebir, ya están virtualmente contenidos en los universales, que son

dados en el sujeto como la condición de la comprensión de lo particular. Como el arquitecto levanta un edificio conforme lo ha concebido y planeado, utilizando al efecto los materiales de que dispone, sin que la cal, tal como salió cocida del horno, ni la piedra, tal como fué arrancada de la cantera, tengan nada que ver con el edificio mismo, así la inteligencia construye el objeto del conocimiento utilizando la materia sensorial, sin que esa materia, tal como brotó del sentido, tenga nada que ver con la construcción misma; como la argamasa y la piedra al arquitecto, suministra al intelecto el material informe con que es edificado ese objeto del conocimiento cuya magnificencia deslumbra.

Así concebida la naturaleza de la inteligencia, se nos hace perfectamente comprensible que percibamos la sensación encuadrada en el espacio, que percibamos su duración, que percibamos su mayor o menor intensidad, la cualidad que la dis-

tingue de otras, que su aparición y persistencia requiera el concurso de una causa, por cuanto dispone autonómicamente, con los universales, de los medios de que necesita para percibirlo; mas esa forma espacial, esa duración, esa cantidad, esa cualidad y todos los demás elementos con que elaboramos el objeto del conocimiento, son los predicados que atribuimos a una cosa que es dada como el sujeto de este objeto; ese sujeto es concebido como lo real del que predicamos cuando le es lógicamente pertinente; de prescindir de ese supuesto lógico, las formas del pensamiento, al comprender la materia sensorial, creando los objetos del conocimiento, crearían fantasmas, moldes sin contenido moldeado, vagas apariencias, viviendo la mente en un sueño perpetuo. ¿Cómo explica, pues, Kant la presencia de esa cosa real en toda operación intelectual? ¿Cómo explica que sobre la presencia de lo real se basamente la inteligencia?

Kant no entiende que la actividad intelectual se desprenda de un principio sustancial dotado de existencia propia, como lo entendió la doctrina escolástica. Las formas mediante cuya aplicación la materia sensorial es transformada en objeto de conocimiento, no son inherentes a un sujeto subsistente; es la cosa en sí, es la realidad misma lo que las preformula como medios de conocer lo que confusamente es dado en la materia sensorial. De esa fuente nacen las categorías de la razón pura, las categorías del entendimiento, las representaciones vivas de la facultad intuitiva, los juicios que resultan del enlace de unas con otras; de ahí que al aplicar la categoría de cantidad a las cantidades particulares para valorarlas, nos venga impuesta desde adentro la evidencia de que esa cantidad pura es algo real, como algo real son las partes que valoramos; de ahí que la categoría causal venga obligada a trabar de una eficiencia, de algo que hace,

el torbellino de sucesos que pasan sobre ese escenario que llamamos conciencia; de ahí que, al delimitar en el espacio una forma, no sea vacía, sino el molde de la cosa moldeada; de ahí, en fin, que no sea posible ni concebir en lo más alto, ni percibir en lo más bajo, sin dar por supuesto algo real que sea objeto de esa concepción, o algo real que sea percibido como forma, color, resistencia; como la cubierta de lo que queda dentro. Esa fe nativa que, desde que el mundo es mundo, tenemos en la realidad de las cosas que alcanzamos a conocer, nos viene impuesta por lo mismo que nos suministra los medios con que alcanzamos a conocerlas, y así es como no las concebimos como fantasmas que pasan, ni como fantasmas que vuelven, sino como las apariencias internas con que nos las representamos; así creemos también que, cuando proyectamos nuestras imágenes lejos del sentido, no lo hacemos sobre un vacío, sino sobre algo

subyacente en ese sitio, como si obedeciésemos al mismo imperativo interno, que sigue imponiéndonos esa certidumbre a la manera de un postulado en cada una de esas proyecciones.

APUNTE CRÍTICO DE LA DOCTRINA KANTIANA

HAY en la teoría kantiana del conocimiento algo de imponente que fascina y subyuga. Con ella se plantea el problema de los orígenes del conocimiento de lo real por primera vez. Mientras se creyó que de los sentidos brotaban las imágenes copias de las cosas, cabía suponer que de la copia podía inducirse la realidad de la cosa copiada; mas desde Johannes Muller, sabemos de ciencia cierta que tales copias no existen; desde Helmholtz, sabemos que las imágenes se hacen y no nacen formadas del sentido. Con todo ello, ha venido

a demostrarse lo que intuitivamente había anticipado Kant; es, a saber, que del sentido brota una materia amorfa. Mas con reconocer lealmente que de la sensación, aisladamente considerada, no sale el conocimiento, no acaba Kant de convencernos de que la teoría supletoria que concibe, sea legítima y bien fundada. Nos queda, como un resquemor, la duda de si las categorías existen realmente en el sujeto que conoce; parece que deben existir, pero no resulta claro que existan. Lo primero basta al racionalismo kantiano, y no basta a los que viven en otro ambiente y desean ver y tocar para extinguir la duda que les corroe como el orín al hierro. Los racionalistas son hombres de mucha fe: ellos no desconfían de lo que piensan. Ellos creen que, lo que es lógico, debe aceptarse como existente; y hay hombres más rebeldes, más reacios en creer, ya que no aceptan lo lógico como existente hasta tanto que hayan comprobado su

existencia. Quedan en el mundo muchos devotos de aquel santo apóstol que quiso ver y tocar para creer. Por esto, con admirar la lógica kantiana, y con no hallarle pero ni mota que la manche, ni se declaran convictos ni se declaran confesos; su rebelión persiste indomable ante lo que solamente es lógico. ¡Han visto en el transcurso de los tiempos tantas cosas lógicas que luego no lo han sido...!

Kant descansa confiadamente en la fuerza de sus argumentos cuando ha llegado a demostrar que sin las categorías no hay manera de explicar los particulares, y de esto infiere que existen. Los experimentistas, al percatarse de que no hay manera de comprobar su existencia por la observación directa, murmuran hoscos: «¿Y si a pesar de todo no existieran; si no fuera cierto que se desciende de la comprensión de los universales a la de los particulares, y lo fuera que de la comprensión de los particulares nos elevamos a la de los uni-

versales?» No habría lugar a esa duda si las formas kantianas fuesen, a más de hechos lógicos, hechos comprobables por la observación; mas mientras no sea así, para esta casta de hombres descontentadiza, la verdad legítima, la verdad patentada, es la impersonal, y lo que nace del razonamiento lógico nace siempre de un punto de vista personal, que es bueno cuando puede comprobarse, y no obliga cuando esa comprobación no es posible.

A Kant le parece incontrovertible que, pues lo real se presupone en todos y cada uno de nuestros conocimientos, la cosa en sí fecunda a la inteligencia con un imperativo, al que no le es dable substraerse; mas eso que el razonamiento nos inclina a creer que es, ¿existe positivamente?; ¿basta que así sea concebido con rigorismo lógico para estimarlo como una verdad definitivamente patentada?; ¿basta que la inteligencia, en el ejercicio libérrimo de sus funciones, formule *un debe ser*, para

que de ello podamos concluir, que lo que debe ser, es?

El racionalismo kantiano erige en criterio de certidumbre un criterio que no es aceptable para todos; siempre habrá quienes protesten y rechacen semejante punto de vista, y de ahí el derecho a desestimar la solución kantiana respecto a los orígenes del conocimiento de lo real, porque como esta solución es metafísica, y, como tal, irreductible a experiencia, de hecho queda indemostrada.



*ORÍGENES SENSORIALES DEL CO-
NOCIMIENTO DE LO REAL*

LA filosofía griega, tan serena siempre, no vió las cosas de la mente como las viera Kant. Hay una oposición radical y profunda entre aquel y este modo de verlas. Cuando culmina en Aristóteles, el eje sobre que gira podría ser enunciado en esta forma aforística: aquello de que piensa el intelecto es siempre un elemento extrínseco al intelecto mismo. La doctrina escolástica, su legítima heredera, no cesaba de repetir que no hay intelección posible sin materia inteligible; que nada hay en la inteligencia que de más cerca o de más lejos

no proceda de los sentidos, considerando así al conocimiento como mediatizado por la sensación, hasta el extremo de no concebirlo posible sin ella. Esta doctrina, que constituyó en su tiempo la filosofía de la experiencia, daba por supuesto que no había más sensaciones que las que procedían de los sentidos, y en esto se equivocaba. Ha llovido mucho desde entonces, y hoy sabemos de la manera más positiva, que los elementos nerviosos que desde todas las partes del organismo acusan en el sensorio impresiones cenestésicas, de ser reunidos en un solo haz, ese haz tendría un diámetro incomparablemente mayor que la totalidad de los nervios de las sensibilidades externas, lo cual nos enseña que las sensaciones lo mismo pueden proceder del mundo exterior que de ese mundo interior que llamamos organismo. Mas hecha esta salvedad, la proposición de que la sensación mediatiza el conocimiento, subsiste hoy tal como la creyera

Santo Tomás de Aquino, tal como en tiempos más lejanos la formulara aquel patriarca del buen sentido que se llamó Aristóteles.

Al destrabar Kant al sujeto de la acción del mundo exterior y de la acción del propio organismo y encastillarse en la inteligencia para examinar su funcionalismo autóctono, hallóse con un conocimiento que no le era posible concebir como un aspecto de la materia sensorial, y supuso que era formulado en la mente sin ella, de una manera nativa, espontánea, original, como la viva voz de la realidad misma. Semejante concepción pugna con la recta interpretación de las cosas para cuantos no fían gran cosa en el razonamiento humano cuando solamente es lógico. No se comprende, en efecto, cómo el sensorio, independientemente de la acción centrípetas, pueda reaccionar movido de una fuerza oculta, ni se comprende cómo la inteligencia pueda adivinar que en todas las

cosas que perciben los sentidos hay algo que los sentidos no perciben si no tiene noticia de ello por uno u otro conducto; esa adivinación misteriosa que, según Kant, nos viene sugerida de adentro por un imperativo sobrado mágico, se hace todavía más incomprensible cuando advertimos que poseemos la conciencia clarísima de que distinguimos unas cosas de otras substantivamente; esto es, como si unas y otras no fueren lo mismo. Lo que más natural parece, en vista de estos hechos, es creer que, si sabemos que en las cosas hay algo, y que ese algo es diferenciado, según sean ellas, por uno o por otro medio nos llegó la noticia de su existencia y de sus diferencias. Repugna creer que todo esto ha sido formulado en la mente de una manera espontánea, como nos repugnaría creer que se adivina el color de los objetos sin necesidad de impresionar la retina.

LAS SENSACIONES TROFICAS

¿DE qué clase de sensaciones se desprende el conocimiento de que en las cosas del mundo exterior hay algo y lo hay también en nuestro propio organismo? ¿Qué sensaciones son las que mediatizan el conocimiento de lo real?

Implantada en los elementos celulares existe una sensibilidad: la sensibilidad trófica, anatómicamente no bosquejada todavía, que subviene a las necesidades de su nutrición. Para formarnos una idea de cómo reacciona necesitamos conocer los estímulos a que obedece, y para formar-

nos una idea del mecanismo fisiológico de que estos estímulos resultan, necesitamos a la vez conocer, siquiera sea en sus líneas más salientes, el mecanismo de la nutrición misma. Probemos, pues, de esquematizar lo que sea la nutrición para poner de manifiesto los orígenes de los estímulos que excitan la sensibilidad trófica, y probemos también de poner de manifiesto (y ojalá la fortuna nos acompañe en la ardua empresa) cómo esos estímulos acusan en los subsuelos de la conciencia, bajo la forma de sensaciones, el sentimiento de algo.

El feto subviene a las necesidades de la nutrición por la circulación placentaria, como es sabido; maduro ya y liberado del claustro materno, una vez cortado el cordón umbilical, queda bruscamente abandonado a sus propios recursos. No se interrumpe con ello el movimiento nutritivo; de cortarse, el niño moriría. Los materiales proteicos, los hidratos de carbono, las

grasas de que se componen los protoplasmas celulares, con el aditamento de algunas sales y agua abundante, siguen transformándose de la misma manera que antes, creándose nuevos productos que se alejan de su tipo inicial de composición, y eso es lo que constituye la fase catabólica del movimiento nutritivo. Bajo la acción de esa corriente transformatriz, claro está que llegaría un momento en que el protoplasma celular dejaría de ser lo que era, perdiendo el tipo de su composición primitiva y fundamental; pero como incorpora del medio en que vive los materiales de que necesita para reconstruirse, según el tipo de su composición original, de ahí que siga subsistiendo invariable y uniformemente siempre la misma. Esa fase del movimiento nutritivo constituye la fase anabólica. Las neoformaciones catabólicas y las reintegraciones anabólicas determinan una corriente indiscontinua de materia, que, a pesar de transformarse y re-

novarse incesantemente, queda perenne con el mismo tipo de composición. Es como una rueda que da vueltas siempre de la misma manera, sólo que su movimiento no es físico, sino de naturaleza química por ser la materia misma la que engendra ese movimiento al transformarse y recomponerse. Eso es la nutrición, eso es la vida concebida en su función más fundamental.

Bien se comprende que si la materia viva se reconstruye a medida que se transforma, ha de extraer del medio en que vive los materiales de reparación; mas como ese medio no se regenera ya una vez cortado el cordón umbilical y el niño queda abandonado a sus propios recursos, esos materiales tienden a agotarse a medida que la materia celular los incorpora, y así es como se empobrece el medio y no satura las avidedeces químicas en la misma medida que hace falta. Con ello se produce un cambio de estado en los elementos

celulares, y ese cambio de estado es lo que constituye la excitación que afecta al elemento nervioso que en ellos se implanta. Un reflejismo trófico subalterno aporta desde otras regiones del organismo a ese medio, cada vez más exhausto, nuevos materiales de reparación, y así es como la vida de los elementos celulares se prolonga viviendo el organismo a expensas de sí mismo y devorándose como un minotauro, según dijo Cl. Bernard. Esto, sin embargo, no puede durar. Un momento llega en que las reservas almacenadas en días de mayor prosperidad, se agotan; los tejidos no suministran ya al medio interno los materiales de reparación que las células reclaman, y como sus avidedeces químicas persisten por no quedar saturadas, la excitación que de ellas se desprende persiste a su vez y se acentúa con el progresivo empobrecimiento del medio, y así es como gana de unos a otros centros más altos de repercusión refleja, hasta alcanzar

las cimas inferiores del sensorio, donde estallan en forma de sensaciones esa compleja pluralidad de incitaciones tróficas, como el aviso de lo que a las células les falta, como una voz de auxilio, como el sentimiento de avideces químicas que anhelan saturarse. Todo esto es el hambre; todo esto es la sed. Mientras el feto vivió, hecho un ovillo, en la cavidad uterina, nada de esto ocurría, ni era natural que ocurriese, toda vez que la circulación placentaria proveía a las células de cuantos elementos de reparación necesitaban; mas ha bastado que se anudase el cordón umbilical para que, una vez consumidas por autofagia las reservas, amaneciese la conciencia de lo que falta en el antro orgánico y hay que reponer si la vida no ha de extinguirse.

Así debuta la vida psíquica. La sensibilidad trófica, oscura y silenciosamente, subviene a las necesidades de la nutrición mientras puede movilizar reservas dispo-

nibles; mas cuando ese recurso se agota o está en vías de agotamiento, el sentimiento de las avideces químicas no saturadas queda formulado en la conciencia a manera de un tornavoz del antro orgánico.

ESPECIFICIDAD DE LAS SENSACIONES TRÓFICAS

A primera vista parece que ese sentimiento es global, indiferenciado, amorfo, como si el hambre no fuese más que un impulso a ingerir; mas, examinándolo de más cerca, pronto se descubre que el hambre celular, o tal como brota del organismo, es un impulso a ingerir precisamente aquello que ese organismo necesita.

Por una copiosa diaforesis, por la poliuria, por diarreas abundantes como las del cólera, por la sangría, disminuimos la cantidad normal de agua que la buena

marcha del metabolismo nutritivo exige, ya en los tejidos, ya en el medio en que se imbiben, y nace la sed, y nace con tanta mayor intensidad cuanto mayor sea la cantidad de agua que el organismo haya perdido, como si la sensibilidad trófica no sólo acusase en la conciencia diferenciadamente la sustancia que falta, sino la medida en que hace falta. Esa sensación, si bien lo miramos, es específica por ser el sentimiento de una determinada sustancia; cálmese con la ingestión directa del agua, con la del vino, chupando frutas, con enemas o inyecciones intravenosas, ello es que hasta tanto no haya ingresado al medio interno la cantidad de agua que hace falta, el organismo sigue reclamándola por el tornavoz psicotrófico; mas una vez ingresada, cesa la penuria celular y la nutrición reemprende su labor regular en la obscuridad y con el mayor silencio.

Mirando las cosas por el haz y no por la urdimbre, nos figuramos que condimen-

tamos los alimentos con sal para mejorar su gusto y recrear el paladar, y así decimos que, como de gustos no hay nada escrito, es natural que unos apetezcan los alimentos sosos y otros los apetezcan más salados. Mas todas estas exageraciones o vicios del apetito, no son tan arbitrarios como parece; ellas responden a un imperativo orgánico que formula en la conciencia la necesidad del ingreso de la sal. El día que la sal falta, o el médico somete a su cliente al régimen absoluto de la decoloración, renace oscura y vagamente el hambre celular de la sal, que se acentúa luego a medida que la abstinencia se prolonga, hasta tal extremo, que, como no se refrene el enfermo o se descuide su vigilancia, llega a tomarla a puñados. Ya no la estima en estas nuevas condiciones como un condimento grato al paladar, sino como una demanda, análoga a la del agua cuando la sed aprieta, que hay que satisfacer ingiriéndola.

Necesitan las gallinas, al acercarse al período del desove, mayor cantidad de cal que la que necesitaban antes, y pican la pared, pican en el suelo, en busca de lo que les hace falta. Los que crían palomos, conocen tan bien esta necesidad, que les trituran cáscaras de huevo para que puedan satisfacerla, y las puestas no se malogren con la endebles de la cubierta calcárea. El tornavoz psicotrófico anuncia esta necesidad orgánica como la del agua, como la de la sal; cuando esa necesidad pasa, o no se presenta nunca, como ocurre en los gallos, el tornavoz permanece silencioso.

Experimentalmente ha demostrado Bunge que cuando las reservas de hierro procedentes de la vida intrauterina se agotan en los conejos, dulce e insensiblemente dejan de mamar y buscan en la yerba lo que pueda compensarles de esa falta, ya que la leche no contiene ese mineral. Es más que probable que, a más del hierro,

otras faltas sustanciales les inclinarán a ese cambio de régimen.

Todos sabemos, por ser un hecho de observación vulgar, que al pasar de la estación estival a la invernal, sin que de ello nos apercibamos, sin saber por qué ni cómo, obedeciendo a una sugestión interior que así nos lo impone, nuestros gustos cambian y apetecemos una alimentación más vigorosa de la que usábamos durante los calores. El hecho, lo mismo se observa en los individuos que en los pueblos, según sean las líneas isotérmicas en que viven. El régimen alimenticio de los pueblos del Norte se compone de carnes y grasas; el de los pueblos tropicales es preferentemente vegetariano; el de las zonas intermedias es mixto, preponderando más o menos la alimentación floja o la fuerte, según sea la temperatura ambiente; en un mismo pueblo, como hemos dicho, el régimen cambia con las estaciones, tanto más cuanto más acusadas sean las diferencias térmicas que

las separan. Si inquirimos la razón de esas mudanzas del apetito, reconoceremos que es de la misma naturaleza que la que nos impulsa a beber cuando el agua escasea en el antro orgánico, o la que nos impulsa a ingerir sal cuando ese producto tiende a agotarse por su prolongada abstinencia. Como los que tienen la costumbre de beber con regla a horas fijas del día, o toman los alimentos condimentados con sal, no obedecen a las sugerencias del hambre o sed celular, por cuanto ya subvienen a sus necesidades antes de que apunten, así cuantos ya tienen el hábito de surtirse de una mesa bien provista en hidratos de carbono, albúminas y grasas, son los que menos sienten la necesidad de modificar el régimen; mas los que comen para vivir, aunque sea con holgura, están sometidos de una manera más inmediata a la acción del hambre celular, y sienten más vivamente la necesidad de modificar el régimen cuando la temperatura ambiente des-

ciende. No es la abstinencia del producto la que la impone, sino su mayor consumo; con uno y con otro medio siempre se llega a un mismo resultado: a determinar una deficiencia sustancial en el antro orgánico, y esa deficiencia es la que se acusa en la conciencia bajo la forma de un hambre especializada para aquello que más se ha consumido.

Cuando la temperatura desciende, se desperdicia una cantidad de calórico que no se desperdiciaba antes, y el cuerpo no conservaría su temperatura normal, que es constante, si el hogar orgánico no se activase compensando la pérdida. Mas el hogar orgánico se activa a condición de suministrarle más combustible, y la potencia termógena de los hidratos de carbono es inferior a la de la materia proteica, así como ésta es más del doble inferior a la de las grasas. ¿Qué ocurrirá, pues, cuando el frío se inicie y progresivamente se acentúe?

El pueblo dice, y dice bien, que el frío abre el apetito, y al preguntarnos nosotros, pasando más allá del dicho popular, cómo o en qué forma lo abre, desde luego echamos de ver que no se apetecen ya ni legumbres, ni verduras, ni frutas, ni ninguna clase de esos alimentos flojos, que tan gratos fueron durante el verano, y en cambio despierta la avidez por las judías, los garbanzos, y toda suerte de gramíneas secas, ricas en albúminas, y la avidez por las carnes, de las que cabía prescindir unos meses antes. La razón de esas preferencias es fácil de adivinar. Es la materia proteica la que, bajo la misma unidad de peso, suministra más combustible al hogar orgánico de buenas a primeras; es, pues, esta materia la que se hace asiento de una catabolia más activa, para llegar al suministro del combustible, y como se consume más, más pronto escasea y es esa escasez o deficiencia la que el tornavoz psicotrófico anuncia induciendo imperativamen-

te a la prensión de alimentos nitrogenados, que son los que a su vez han de suministrar a los plasmas los elementos de que necesitan para reconstruirse según el tipo de su composición fundamental. El mecanismo fisiológico de que resulta el amor para el nuevo régimen, es, según se ve, el mismo que determina la sed, el mismo que hace apetecible la sal, el mismo que induce al conejo a buscar en la yerba lo que no encuentra en la leche.

Si el frío sigue apretando más y más, más y más también ha de activarse el hogar orgánico, y como los materiales proteicos son ya impotentes para suministrar el combustible necesario, son las grasas, los cuerpos más difícilmente transformables en glucosa o sustancia comburente, los que los suministran, y como se consumen más, más escasean y es esa escasez o esa deficiencia la que se vocea en lo alto como el eco sensorial de lo que pasa en el antro orgánico, y eso induce a sazonar la

alimentación proteica con la adición de grasas en cantidades crecientes. Como lleguemos a las tierras árticas y haya que caldear el hogar orgánico al rojo vivo para salvar al organismo de una congelación inevitable, los propios proteicos son relegados a segundo término y las grasas son ingeridas en cantidades exorbitantes, por constituir la base del nuevo régimen. Excusado es repetir que esa especialización del hambre por la grasa obedece al mismo mecanismo que determina su especialización por la materia proteica, por el agua o por la sal.

Si en vez de describir lo que pasa en el organismo y apuntar el tornavoz psicotrófico con el descenso de la temperatura ambiente, observamos cómo se desenvuelve el proceso nutritivo cuando la temperatura aumenta de latitud en latitud hasta alcanzar la altura máxima de los países tropicales, echaremos de ver que el hambre se especializa en sentido contrario a

medida que menos necesidad hay de activar el hogar orgánico. El hambre en estas condiciones se especializa para una alimentación más y más hidrocarbonada, y de ahí la tendencia a un régimen vegetariano más o menos absoluto. Las primeras repugnancias se despiertan para el consumo de las grasas; asquearía la vista del esquimal que bebe el aceite de foca como se bebe el agua. Las carnes son sustituidas por semillas secas que alternan con las verdes, y como lleguemos hasta las regiones tropicales, nos hallaremos con pueblos cuya base de alimentación consiste en frutos en que la naturaleza encantó el agua en forma de gotitas fuertemente azucaradas, con vestigios de albúmina, montadas al aire en frágiles celdillas de materia celulósica.

NECESIDAD DE QUE LAS SENSACIONES TRÓFICAS SEAN ESPECÍFICAS

UN estudio más profundo y circunstanciado del que aquí podemos hacer, nos demostraría constantemente que el movimiento nutritivo no determina una deficiencia sustancial en el antro orgánico sin que la sensibilidad trófica se aperciba de ella, con la misma acuidad con que el oído se apercibe del sonido que flota en el aire. Si se diese el caso de que el frío activase el hogar orgánico y ninguna noticia nos llegase del mayor consumo de materia proteica o grasas, no adaptaríamos los ingresos a los gastos, y el balance de la nutrición

se saldaría con quebranto; la acción del frío determinaría entonces en el organismo una depauperación análoga a la que determina un proceso febril. Sin esa sensibilidad providente que acusa en la conciencia inferior el eco sensorial de cuanto escasea o falta en el antro orgánico, sea que falte por su mayor consumo o por la abstinencia, la regulación de la nutrición y la conservación de la vida sería imposible. No hay que esforzarse mucho para comprender que si el gasto de agua no fuese compensado debidamente, si no lo fuere la eliminación de la sal, si un mayor consumo en hidratos de carbono, en materia proteica, o en grasas, no implicase para cada uno de esos productos un ingreso adaptado cualitativa y cuantitativamente al consumo, la corriente catabólica llevaría a la materia viva a una descomposición total e irremediable, y la continuidad de la vida sería una quimera. Como su condición más fundamental, la nutrición, exige una alimen-

tación perfectamente adaptada al consumo; lo que esa nutrición transforma y acaba por inutilizar en forma de productos residuales destinados a una eliminación definitiva, necesita ser renovado; mas para que pueda serlo necesita antes ser ingerido, y para que sea ingerido precisa sentir el hambre de unos u otros productos, globalmente o de todos ellos si su consumo ha sido colectivo, y precisa sentirla para cada uno de ellos en la misma medida en que hacen falta. De ahí que el hambre no sea una impulsión amorfa que nos mueva a ingerir esa clase de cuerpos exteriores que denominamos alimentos, sino una suma de tendencias electivas que nos mueven a ingerir los alimentos que virtualmente contengan las sustancias que precisa anabolizar para restablecer la composición original de la materia viva y nos mueva a ingerirlos según la tasa que la misma nutrición prefija. Si así no fuera, si el tornavoz psicotrófico no repitiese como un eco

fiel las deficiencias del antro orgánico; si después de sudores abundantes no nos enterase de la falta de agua que el organismo padece; si después de activarse el hogar orgánico para salvar al organismo de la gangrena por el frío, no brotase la sugestión obsesionante de reforzar la potencia termógena de nuestra alimentación, nuestro estado sería tan misérrimo como el de esos pobres locos a quienes hay que alimentar con la sonda. Ellos no se aperiben de los clamores del organismo, por restar mudos sus centros psicotróficos; nada saben de lo que en ese organismo pasa; son como un ciego ante la luz que inunda el ambiente y ante el color de los objetos. Así seríamos todos si en esas regiones del sensorio inferior, topográficamente desconocidas, los elementos celulares no preformulasen de viva voz las sustancias que necesitan.

*NACIMIENTO DE LA VIDA
PSÍQUICA*

A pesar de la obscuridad en que todavía queda envuelta la sensibilidad trófica, con sólo vincular sus reacciones de la penuria que experimentan los elementos celulares para reintegrarse en el tipo de su composición original, descubrimos en ella una fuente de sensaciones que hasta ahora nos habían pasado poco menos que desapercibidas. Con ellas amanece la vida psíquica. Antes de que los sentidos nos hayan puesto en comunicación con el mundo exterior, se formula en el subsuelo de la mente, como la base sobre que asienta,

el sentimiento de necesidades electivas, que unas requieren la ingestión de determinadas sustancias, otras la ingestión de otras, a consecuencia del desgaste orgánico. Desligado el sentimiento puro de estas sustancias del reconocimiento de los cuerpos del mundo exterior que virtualmente las contengan, a los que llamamos alimentos, se nos presenta bajo la forma de una necesidad sustancial definida, concreta, especificada, en cada una de las sensaciones, por manera tan clara y tan distinta, que nunca se confunden las unas con las otras. Así, la sed es la necesidad de una determinada sustancia que en nada se parece al hambre de la cal, como al especializarse el hambre por las grasas, se presenta con una impulsión distinta de la necesidad de hidratos de carbono. En ese estado primitivo y elemental, las sensaciones tróficas acusan la necesidad de una pluralidad de sustancias; mas como estas sustancias no son todavía represen-

tables por medio de signos sensoriales, nos es absolutamente imposible reconocer la presencia de los cuerpos que las contengan, bien directamente, como el agua, la sal, la cal, bien virtualmente, como ocurre con los garbanzos, la carne o la manteca. Ese proceso de reconocimiento es de formación ulterior; es la obra de una suma de experiencias complejísimas, mediante las cuales nos enteramos de que tal cuerpo, como la sal, se denuncia al paladar por un sabor y a la visión por un color; y tal otro, como el azúcar, por otro sabor y por otro aspecto visual. Ese trabajo es muy costoso y muy arduo; nos absorbe casi por completo durante los primeros años de la vida que dedicamos a percibir cuáles son los cuerpos del mundo exterior que contienen lo que nos hace falta. Con la organización de estos procesos, empieza la organización básica de la inteligencia, tema que constituirá el objeto de nuestra segunda conferencia. El punto

de partida y la condición de la formación ulterior de estos procesos, radica en la preexistencia necesaria de las sensaciones tróficas, ya que el mundo no viene a nosotros con las impresiones que fulgura en los sentidos, sino que somos nosotros los que salimos al encuentro del mundo, movidos de un resorte interno, con la finalidad de incorporar y transformar en plasma de nuestros plasmas, y humor de nuestros humores, cuanto de él nos hace falta, utilizando al efecto los sentidos para reconocer su presencia, y el movimiento para saber dónde está. Mas no hay que acometer esa empresa sin prefijar claramente el punto de partida, sin precisar la naturaleza de la sensación trófica, sin concretar su sentido con la mayor exactitud, dado que la investigación es fecunda cuando pasa de la plena luz a las penumbras de lo inexplorado.

*CÓMO ACUSAN LAS SENSACIONES
TRÓFICAS LAS DEFICIENCIAS
SUSTANCIALES*

LAS sensaciones tróficas acusan en el subsuelo de la conciencia lo que falta en el antro orgánico; lo que acusan es la esa carencia de una realidad; mas ese algo, o realidad interna no es revelada en la conciencia; la cosa en sí queda confinada en el fondo de lo impenetrable. De esa cosa en sí cabe observar los efectos que determina; pero la cosa misma que los determina resta oculta. Nos hallamos respecto a las sensaciones tróficas en la misma situación en que se halla el físico ante la luz, en la misma situación del químico ante los fenó-

menos que estudia. El físico, con estudiar los cambios que la luz experimenta y con determinar las condiciones a que estos cambios suceden, cree conocer cuanto de la luz es del dominio de la ciencia experimental. Así sabe cuándo y cómo se refleja, cuándo y cómo se refracta, cuándo se interfiere, cuándo se descompone en colores, cómo se propaga, y lo sabe por vincular todas estas modalidades fenoménicas de una condición inalienable, que ha de ser puesta de una o de otra manera, bajo una u otra forma, para que así sucedan: el movimiento de la cosa que los determina; mas con conocer el movimiento de esta cosa, con conocer sus cambios de lugar, no sabe qué sea en sí misma la cosa movida que resta subyacente, inasequible a toda investigación; ante ella se detiene amedrentado, como el navegante ante un mar inexplorable.

Ante los fenómenos de composición y descomposición de los cuerpos, ante las

transformaciones de la materia, el químico eslabona los cambios, enlazándolos unos de otros, prefijando el encadenamiento a que obedece inexorablemente esa sucesión, mecanizándolo; pero nunca pasa más allá de lo observable, nunca se pregunta qué sea en sí mismo eso que cambia, qué sea lo que se transforma, salvando el lindar que separa lo físico de lo metafísico, el efecto comprobable de su causa productora, porque desde Bacon sabe que esa causa es sorda y no contesta a cuantas preguntas se le dirijan.

Pues lo mismo pasa con las sensaciones tróficas. Cabe investigar cómo el metabolismo acarrea deficiencias en el antro orgánico, cómo sin su reparación la recomposición de los elementos celulares quedaría interrumpida y la inanición determinaría su muerte, cómo la sensibilidad trófica es excitada por esas penurias celulares, cómo resuena al fin en la conciencia después de haberse detenido más o menos en

estaciones de paso o intermedias; cabe seriar y encadenar la sucesión de unos y otros fenómenos hasta vincular la sensación de la condición fisiológica a que responde, reduciéndolo todo a un mecanismo; mas la sensación final, último término de la serie, acusa pura y simplemente la necesidad de algo específicamente diferenciado; pero no nos revela lo que sea en sí mismo ese algo; ella responde como el efecto a su causa primera, a lo que rueda en la oscuridad sombría del antro orgánico; pero nada nos dice de lo que allí queda: se limita a anunciarnos lo que allí falta. Con anunciarnos lo que allí falta, ya sabemos que allí hay algo; pero no sabemos lo que en sí mismo sea o en qué consiste lo que falta.

*EL IMPERATIVO TRÓFICO Y EL
IMPERATIVO KANTIANO*

KANT no llega al conocimiento de la cosa en sí por las vías de la experiencia. Al encerrarse en los dominios de la inteligencia con la decisión de explicarse cómo funciona o cómo comprende, cuando comprende, no aplica la observación a la simple sucesión de los fenómenos que en ella se desarrollan a través del tiempo, seriándolos de manera que unos sean puestos como los antecedentes explicativos de los otros: su propósito es otro. Anhela vincularlos en las formas, en los universales de que su comprensión se desprende por contener

la condición lógica que hace posible esta comprensión.

Nosotros no podemos aceptar semejante punto de vista; nuestro procedimiento de investigación nos lleva a estudiar los fenómenos por su sucesión, como lo hace el físico, como lo hace el químico, como lo hace el biólogo, y es por eso que disputamos las formas como invenciones personales, porque para nosotros es invención de la mente cuanto no sea comprobable como existente, y no lo son las categorías. Hay aquí un criterio opuesto a otro criterio, un modo de ver distinto de otro modo de ver, un procedimiento contrario a este procedimiento; hay aquí una cuestión que se destaca como suprema y principal, como presupuesta a todas las cuestiones: la cuestión del método a seguir. Y por esa poderosa razón, las soluciones kantianas serán consideradas siempre por la ciencia positiva como revertibles a términos de experiencia.

Al examinar Kant el contenido de la inteligencia, se encuentra con que lo real se presupone siempre en toda intelección, sea alta, sea modesta, y esto es verdad; se encuentra también con que eso que palpita en toda intelección como su alma viva, no nos viene de los sentidos, sino que nos viene impuesto desde adentro como un imperativo inalienable que suministra a la inteligencia la primera materia sobre la que ha de montar el objeto de conocimiento, y en esto también tiene razón, toda la razón, como la tiene sobrada cuando cierra briosamente contra todas las escuelas empíricas empeñadas en buscar los orígenes del conocimiento de lo real en las sensaciones externas. Mas Kant, ajustándose a su método de investigación, no podía preguntarse: «Eso, que indudablemente está en la inteligencia como su base, como el alma que la impulsa, ¿cómo vino a ella?, ¿de qué antecedente surgió?» Plantearse el problema en esta forma, es

reducirlo a términos de experiencia, inquiriendo qué clase de fenómenos han de ser puestos como precedentes para que en la conciencia nazca la luz de estos consecuentes. Kant no sigue ese camino, sino el opuesto, y así razona que, pues lo real es dado en la mente como su base y como su alma, es la misma cosa en sí la que en ella lo preformula como la voz que nos delata su existencia. Vistas así las cosas, ya no nos formamos de lo real la misma idea que nos formamos cuando lo vemos brotar de la sensación. Nacido de la sensación lo comprendemos como la necesidad de algo que resta para nosotros incomprendible en sí mismo, aun cuando experimentemos su necesidad. Mas si lo real se acusa desde sí mismo en la inteligencia, ¿cómo sospechar siquiera que lo que constituye el alma misma del conocimiento sea en sí mismo incomprendible? ¿Cómo resistir la tentación de conceptuarlo bajo una u otra forma? Al suponer Kant que el co-

nocimiento de lo real no es un condicionado de la sensación, que lo llevamos impuesto desde lo real mismo, es lo absoluto lo que es dado nativamente en la mente, y Kant no podía limitar el derecho a su comprensión, so pretexto de que sólo el fenómeno es asequible al humano esfuerzo. ¿Por qué no lo que lo crea?

La vorágine está ahí fascinando con atracción irresistible.



II

PERCEPCIÓN DE LOS ALIMENTOS

PONIENDO en ello piadosamente vuestra buena voluntad, pudisteis persuadirnos en la conferencia anterior de que la vida psíquica no debuta con la vida de los sentidos, como se viene creyendo desde tiempo inmemorial. Antes de que esos sentidos hayan revelado la presencia del mundo exterior a nuestro entorno, la sensibilidad trófica nos ha revelado las necesidades sustanciales que el organismo padece. Y por ahí empieza el desarrollo de la vida intelectual, y no por donde se viene imaginando.

Basta reflexionarlo para comprender que, una vez abandonado el organismo a

sus recursos propios, queda planteado un problema que reclama una solución urgente. Necesita subvenir a los gastos de la nutrición a que hasta entonces subvino la vía placentaria, y para ello es indispensable incorporar los cuerpos exteriores que directa o virtualmente contengan las sustancias consumidas, y no cabe incorporarlas mientras se desconozcan las propiedades nutrimenticias de los alimentos que han de suministrar a los elementos celulares precisamente aquellos materiales que gastaron. No todo queda planeado y resuelto con sentir esa suma de tendencias electivas que englobamos bajo la denominación común de hambre. Una cosa es sentir la sed, y otra cosa es conocer el agua con que ha de satisfacerse; no es lo mismo sentir la sugestión de la sal, que conocer en la naturaleza ambiente lo que ha de extinguirla; sentirnos inclinados desde adentro hacia las albúminas, las grasas o los hidratos de carbono, no es lo mismo

que saber distinguir los cuerpos de procedencia animal o vegetal que han de proporcionar estas sustancias en la medida que más convenga.

Hay que adaptar la naturaleza química de lo que se come, a la naturaleza química de lo que se gasta; hay que adaptar a la vez la cantidad de los ingresos a la cantidad de los gastos; de otra manera, el balance de la nutrición se saldaría con quebranto, y esa merma, a la larga o a la corta, determinaría la muerte. No podemos, sin peligro, dejar de subvenir a las necesidades del hambre celular; aun cuando en la manera o forma de remediarlas se incurra en las mayores extravagancias, ello es que siempre hay que ingerir aquello que el organismo reclama, y así es como se prefija de dentro afuera lo que ha de ingresar de fuera adentro.

El químico, con sus análisis, preformula el régimen de ese comercio. Para ello fija la naturaleza y cantidad de los gastos, y

conociendo, como conoce, los materiales que han de reponer las pérdidas de la materia viva, calcula con exactitud la ración que de esos materiales se necesita para que el balance de la nutrición se equilibre. Lo que el químico resuelve científicamente, el hombre y los animales lo vienen resolviendo empíricamente con la misma exactitud; si así no fuera, habrían desaparecido ya de la superficie del globo. Ellos no conocen los alimentos por su composición genérica o por grupos, como el químico; los conocen por el modo como saturan las necesidades tróficas, según su ensayo se lo ha puesto de manifiesto de una manera práctica o experimental. A la vista de las acelgas o el brócoli, ya sabe el hombre, habituado a esas misérrimas verduras, lo que dan de sí, y como ya prevé, por lo que recuerda de experimentos anteriores, que le quedará insaturada el hambre de las grasas, a prevención les añade aceite, y como también prevé que

subsistirá el hambre de la materia albuminoide y no quedará muy satisfecha la de los hidratos de carbono, remedia lo que inevitablemente ha de sucederle, reforzando la ración de pan. Si en vez de esas verduras come garbanzos o judías, prevé de la misma manera la necesidad del aceite vegetal o grasa animal, pero no percibe la necesidad de aumentar la tasa del pan, como anteriormente, por saber que no precisa, ya que de esas gramíneas sale una ración alimenticia suficiente de albúminas y sobre todo de hidratos de carbono. Ejemplos análogos podríamos aducir respecto a otras clases de alimentos. De todos ellos conocemos las necesidades tróficas que saturan y la medida en que las saturan. Nadie confunde las propiedades nutritivas del arroz con las de la carne, y en virtud de ese conocimiento no nos asignamos de carne la misma ración que nos asignamos de arroz; a nadie se le ocurre en nuestra latitudes servirse la man-

teca como las mermeladas, ni la sal como el agua, como si ya llevásemos sabido que con menos basta.

De no conocer la eficacia de los alimentos, ignoraríamos cómo hemos de comportarnos para sostener la vida, qué cosas debemos ingerir, y en qué medida, para mantenerla. Se ha venido suponiendo que esos actos, tan perfectamente adaptados al quimismo trófico, no constituyen verdaderos conocimientos, ni nacen del ensayo experimental, atribuyéndolos a la magia de un instinto que nos mueve a la prensión de los alimentos. Mas ese instinto, que tanto sabe y de antiguo adivina lo que la química biológica ha tardado tanto en descubrir, y hasta lo que no ha descubierto todavía, es sobrado milagrero para tomado en serio. Lo que varía con las latitudes, con el crecimiento, con las profesiones, con la edad; lo que adapta la prensión a las necesidades del consumo con la misma justeza con que una medida coin-

cide con otra igual, forzosamente ha de resultar de un mecanismo preestablecido por la naturaleza misma, y no de un impulso misterioso que nos mueve a la ingestión de lo que se necesita y se modifique adecuadamente, siempre que a su vez se modifiquen las condiciones de la nutrición.

Indudablemente conocemos las virtudes nutrimenticias de las cosas, que directa o potencialmente las poseen, a medida que las probamos y no por obra de una magia incomprensible. Hay aquí un hecho incuestionable que la observación nos impone, quieras que no, y precisa confesarlo y reconocerlo procediendo honradamente. Percibimos objetivamente cosas que son alimenticias. Estamos tan seguros de que el pan es pan, como lo estamos de que lo blando es blando y lo rojo es rojo, y quizás más. En vista, pues, de lo irrecusable del hecho, lo que importa es preguntarse cómo alcanzamos a percibir objetivamente las cosas que nutren.



*SIGNOS SENSORIALES DE LAS
COSAS QUE NUTREN*

AL emprender esta investigación, desde luego descubrimos que los sentidos no perciben las cosas que nutren bajo el mismo aspecto con que son percibidos los objetos en el espacio. El objeto emplazado en el espacio tiene un volumen, tiene un color, exhala un olor, suena de cierta manera, y todas estas imágenes son propias de uno y no de otro, de tal modo que por ellas y no por otras lo reconocemos. Cuando nos hallamos, en cambio, en presencia del alimento que apetecemos, percibimos un olor, un sabor, un contacto, una impresión térmica, una suma de im-

presiones flotantes o desvinculadas de los objetos, que despiertan en la mente el recuerdo del efecto que otras veces ha determinado su ingestión; estas impresiones no dicen relación con el objeto, sino con el efecto trófico experimentado anteriormente.

Ved, señores, con los siguientes ejemplos, si lo dicho es o no es verdad.

Estimulados por el apetito, nos sentamos a la mesa, e inesperadamente advertimos que, en vez del mantel blanco, al que estamos acostumbrados, la cubrieron con un paño negro. A pesar de que la sopa humea y huele como siempre, nos sentimos hondamente perturbados, y nuestro apetito queda como en suspenso, porque el espectáculo de la mesa avivaba el recuerdo de un efecto trófico mediante un determinado cuadro de impresiones, y se nos presenta ahora una nota extraña que no lo despierta de la misma manera, razón por la cual no apetecemos el alimento,

pues apetecer quiere decir *desear la reproducción del hecho ya experimentado*. Ved, pues, como no percibimos en este caso el caldo, es decir, un objeto emplazado en cierto sitio del espacio; lo que en realidad percibimos con ese panorama de impresiones sensoriales es el efecto trófico que nos ha de producir el alimento.

Llevamos a la boca un pedazo de pan, y de pronto advertimos que huele a éter, y lo apartamos con repugnancia, y aun lo escupimos, de haberle hincado el diente. Por muy seguros que estemos de que el pan es lo mismo que era y que en nada le alteró el accidente fortuito que le impregnó de ese olor, no lo percibimos como tal, porque la percepción de la cosa que nutre se desprende del recuerdo de los efectos múltiples que determinó en el organismo, y como el nuevo olor no lo aviva, no nos parece ya pan, y por esto no lo apetecemos.

Así, y por el mismo estilo, podríamos

multiplicar los ejemplos demostrativos de que al apetecer los alimentos no percibimos objetos en el mundo exterior, sino un cuadro de impresiones que nos recuerda un efecto trófico.

Se comprende que así sea si nos fijamos en que la percepción de los objetos es el producto de una operación mental sumamente compleja, en la que entran como factores principales, en primer término, la formación del espacio, y en segundo término la agrupación o asociación inseparable de múltiples elementos sensoriales. La inteligencia inicia su desarrollo con procesos incomparablemente más simples. Para que las impresiones puedan ser proyectadas al lugar del espacio en que reside el objeto del que las predicamos, es indispensable que el espacio se haya formado en la mente, y esta formación es de una gestación muy laboriosa y tardía; es indispensable también que esas impresiones, una a una, o elementalmente consideradas,

tengan ya un valor representativo. Ese valor lo adquieren cuando se hacen representativas de la cosa que nutre. Con esa operación debuta la labor intelectual. Primero nos son conocidas las cosas por el efecto trófico que determinan, que por el aspecto espacial con que nos la presenta la percepción externa.

A título de curiosidad introspectiva observa W. James que poseemos la capacidad de representarnos las impresiones sensoriales desligadas de los objetos a que las adhiere la percepción, y considera el espectáculo como un recuerdo que conservamos de la infancia. La verdad es que no se trata de una simple conmemoración. Ese espectáculo se renueva diariamente al sentarnos a la mesa y cada vez que un olor, la vista de un color u otra impresión cualquiera, despierta de improviso nuestro apetito. Hay un estadio en la vida de la inteligencia en que las impresiones sensoriales se nos presentan destrabadas de los

objetos, y a esas impresiones les atribuimos un valor representativo: el valor representativo de la cosa que nutre. Diferenciamos unos de otros los alimentos, según sean sus cualidades nutrimenticias, y claro está que no apreciamos esas cualidades por medio de los sentidos; pero no es menos claro que de no representarnos estas cualidades por medio de impresiones sensoriales, no podríamos reconocer en el mundo ambiente cuáles son unos y cuáles son otros, conforme lo venimos haciendo. Pues bien: no conocemos lo mismo con las impresiones sensoriales, que nos permiten reconocer las propiedades nutrimenticias de los alimentos, y con las imágenes sensoriales, que nos permiten reconocer los objetos. Su respectivo valor lógico es muy distinto. Con las primeras reconocemos la presencia de cosas, de cuya sustantividad o de cuya realidad nos asesora la sensibilidad trófica, mientras que por las segundas conocemos objetos que distinguimos

unos de otros, según sean las diferentes impresiones que hayan determinado en los sentidos, pero de cuya realidad no podemos dudar por cuanto prelativamente se hicieron representativas de lo real que del objeto. Si en un primer estadio la inteligencia no empezase por representarse las cosas que nutren por medio de las impresiones que reciben los sentidos, nunca podríamos dar por supuesto, al diferenciar unos objetos de otros por la percepción externa, que nuestras imágenes responden a cosas que son y subsisten independientemente de nuestras imágenes; deberíamos creer entonces que son fantasmas creados por un trabajo interior de la mente, que nos alucinan y crean en torno nuestro un mundo ilusorio; mas como los elementos sensoriales de que estas imágenes se componen, primero se han hecho representativas de lo real que nutre que de los objetos que percibimos a nuestro alrededor, no es maravilla que en esta segunda

fase de la vida intelectual vengán ya con el mismo valor lógico que adquirieron al hacerse representativas de las cosas, y se siga creyendo, al prediarlas del objeto, que en este objeto hay algo sustantivo independientemente de las cualidades sensoriales que le atribuimos. De ahí la necesidad de empezar el estudio de la inteligencia por sus principios y no por un período ulterior de su desarrollo, porque los hechos de la mente son como las cuentas de un rosario: unos vienen en pos de otros, con sucesión tan natural y lógica, que no hay manera de comprender a B si previamente no se comprende bien al término A, que fué puesto como su antecedente explicativo; y como prescindamos de la ordenada sucesión de unos y otros términos, los fenómenos de la mente son como un revoltijo informe, como una madeja muy embrollada que no hay manera de devanar. Procedamos, pues, con tino, y toda vez que la representación de las cosas nu-

trimenticias se presupone a la representación de los objetos, veamos, a la luz de la observación, que no seduce como el razonamiento personal, pero que tampoco engaña, cómo es y cómo se formula el conocimiento de las cosas que nutren.

*CÓMO LA SENSACIÓN SE HACE
REPRESENTATIVA DE LA COSA
QUE NUTRE*

DESDE luego observamos que ese conocimiento no es la obra de una intuición instintiva: no nacemos conociendo los alimentos; aprendemos a conocerlos mediante su ensayo. Alimento que no ha sido probado, no sabemos si lo es; es como el color para quien no lo haya visto, como el sonido para el sordo. Por un mecanismo ancestralmente preestablecido, el recién nacido ingiere y no se da cuenta de que lo hace, ni sabe que lo que ingiere es una cosa cuya presencia exterior llegará a conocer cuando alcance a representársela



por ciertas impresiones sensoriales. Esas impresiones empiezan por ser tan ciegas como ciega es la succión maquinal; son las especies inteligibles, no entendidas todavía, de que nos hablaba la antigua escuela; la materia amorfa, la materia ciega que concebía Kant como el material del conocimiento posible. Así observamos que el chirrido de la puerta que se abre al dar paso a la nodriza que va a suministrar la tetada, es oído por el recién nacido con la misma indiferencia y con la misma pasividad con que oye los ruidos de la calle o el ajetreo del servicio doméstico; así observamos que la impresión de luz que recibe a través de los párpados cerrados en el fondo de sus ojos, cuando la nodriza abre el postigo antes de darle el pecho, nada le dice tampoco. Su sensibilidad acústica y su sensibilidad óptica, como todas las demás, reaccionan ante la excitación externa de la misma manera que reaccionan siempre; pero esas sensaciones parecen

restar confinadas en los limbos de lo subconsciente en estado de sensaciones puras; por ellas nada se entiende. Sin embargo, a fuerza de coincidir o darse invariablemente con corta antelación al suministro de la tetada, un momento llega en que al chirriar la puerta o al inundarse la estancia de luz, el sujeto da muestras ostensibles de entender lo que hasta entonces no había entendido: la presencia de lo que ha de calmar su hambre. Y henos ya con dos sensaciones, por medio de las cuales se adivina la presencia exterior de lo que hasta entonces pasó desapercibido. No pasa lo mismo con los ruidos de la calle, con el ajetreo del servicio doméstico; con estos sonidos, ni se adivina ni siquiera se sospecha la presencia de lo exterior; son sensaciones mudas, que de nada enteran, mientras que en las primeras ya centellea la luz de la intelección.

Un mundo de fenómenos intermedios determinan el tránsito de la sensación pura

a la sensación representativa. Esto no es la obra de una fuerza oculta; el hecho supone condiciones preexistentes que determinan el tránsito de la oscuridad a la luz, y estas condiciones se preestablecen dulce y suavísimamente. Esa intelección rudimentaria amanece como el alba en los cielos. Como no se sabe del alba cuándo apunta y acaba la noche, tampoco es posible precisar cuándo empieza a valorarse la sensación como representación; mas la tenue claridad se intensifica, se hizo el día sobre la tiniebla, y ya no hay lugar a dudas: se comprende la presencia de algo exterior.

¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué procesos se han fraguado en la intimidad de la trama nerviosa y qué ecos despertaron en la conciencia?

Tomemos los hechos desde su principio, examinemos cómo se encadenan unos con otros, y así nos será posible asistir al nacimiento de esa primera intelección.

Tras la molestia pasajera que experimenta el recién nacido con el cambio de medio y la brusca irrupción del aire en sus pulmones, parece reconciliar el sueño de la vida intrauterina mientras su organismo sigue eliminando agua y sales, consumiendo hidratos de carbono, materias proteicas y grasas, y como no es ya regenerado por la vía placentaria, se inicia y acentúa progresivamente la necesidad de reingresar estas sustancias. Una ingestión puramente maquinal, para cuya operación la naturaleza lo ha predispuesto todo admirablemente, suministra en forma de leche una sustancia que contiene esta agua y estas sales, hidratos de carbono con la lactosa, materia proteica con la caseína y grasa emulsionada en el vehículo. Después de haber pasado por mil transformaciones devuelve al medio interno en que viven los elementos celulares los mismos materiales de reparación que suministraba la vía placentaria. Aquí no han cambiado más que

las vías de acarreo de esos materiales y el modo de llevarse a cabo, ya que era continuo cuando venía por la vía placentaria, y es intermitente ahora al venir por la vía intestinal. Y esta precisamente es la razón de que ahora el hambre avise la necesidad de ingerir otra ración cuando la absorción intestinal no regenera ya al medio interno, cosa que no ocurría en la vida intrauterina, y el hambre reaparezca con cierto ritmo.

Cada vez que el hambre reaparece responde a la excitación celular; mas reclamo vuestra atención sobre el siguiente interesante dato: a la segunda reaparición se recuerda la primera, a la tercera, la segunda y la primera, y sucesivamente, creándose así en el centro receptor lo que llama Pavlov *un fenómeno de elaboración central*, mediante el cual se conmemora que lo que se experimenta ahora ya se ha experimentado otras veces. Con ese recuerdo es dada la conciencia de la identidad de un

mismo estado. No entendamos, pues, que el soma neuronal es lugar de tránsito o vía conductriz de la acción periférica, como lo es el nervio; es lugar de retención, acumulador de energía que suma la excitación actual a las pasadas, razón por la cual son dadas todas ellas bajo la forma de una conmemoración.

Mientras así se fragua ese conocimiento en los centros psicotróficos, con la ingestión maquinal son excitadas ciertas sensibilidades externas y una cierta región de la sensibilidad muscular. Con la succión se cierra la porción anterior de la boca alrededor del pezón, y con ello los husos de Khüne experimentan compresiones traducidas en forma de sensaciones intramusculares. Los corpúsculos táctiles sufren presiones, las terminaciones periféricas de los nervios térmicos cambian de estado, como cambian de estado los nervios gustativos y los olfatorios con las impresiones que reciben. Si todas y cada una de

estas sensaciones pasasen por el sensorio sin dejar rastro, no nacería el conocimiento de que la sensación intramuscular que se experimenta ahora es la misma que se experimentó otras veces, que esa presión táctil, esa impresión térmica, esa gustación, esa olfacción son los mismos fenómenos de antes repetidos ahora; mas como el elemento nervioso conserva la huella de las impresiones pasadas, al ser despertada por la excitación presente, las recuerda, y por el hecho de recordarlas percibe que son las mismas, y así es como se adquiere la conciencia de su identidad.

Supuestos estos conocimientos elementales, fraguados con antelación, de un lado en los centros psicotróficos, y de otro, en los centros de la sensibilidad externa, veamos cómo de su conjunción brota, como de una cópula fecunda, el conocimiento de la cosa.

Con la ingestión maquinal se han dado y repetido ciertas y determinadas impre-

siones en los sentidos, que fraguaron estado central o conmemorativo, y siempre y constantemente dió la coincidencia de que al renovarse, el hambre se extinguía, y no se extinguía mientras no se renovaban. Un momento llega en que por la repetición de unos mismos actos se establece una asociación entre unos y otros estados; y de ahí resulta que al reaparecer el hambre se las recuerda y se espera anheladamente que vuelvan a presentarse; pero no reaparecen porque así se desea, sino a beneficio de una acción absolutamente independiente de esa voluntad interior. Presupuestas estas condiciones, si en ese estado de espera, de improviso aspiran las fosas nasales un cierto olor, suena en los oídos un cierto sonido ya conocido de otras veces; si en la boca reaparece un contacto, una sapidez, una impresión térmica, como el niño pudiera explicarnos verbalmente lo que siente, nos diría: «Lo que esperaba ya está aquí.» ¿Qué espera

cuando le acosa el sentimiento de una falta, de una ausencia que desde adentro le viene sugerido? No le es posible concretarlo en ese estado de tensión pura que le impele hacia lo desconocido; mas como se ha dado repetidamente el caso de que con la ingestión maquinal se han provocado ciertas impresiones externas, se acaba por creer lógicamente, por uno de aquellos *razonamientos inconscientes* de que nos habla Helmholtz, que *lo que la sensibilidad trófica acusa como ausente, los sentidos lo acusan como presente*. La sensibilidad trófica acusa como ausente la cosa o la suma de cosas que faltan en el seno del organismo. ¿Qué pueden, pues, acusar los sentidos como presente, por medio de las reacciones específicas de sus respectivos nervios sensoriales, más que esa cosa, si siempre aparecieron como su obligado precedente; si el hambre no se calma nunca mientras no reaparezcan; si la repetición de unos mismos actos inspira la creencia

cada vez más firme de que no puede calmarse mientras no se perciba un cierto contacto, un cierto sabor, una cierta impresión térmica, un vago olor, ciertos sonidos? Naturalísimo es, pues, creer que ese cuadro de impresiones, reproducidas siempre de la misma manera a la hora de apagarse el hambre, sean estimadas como el anuncio de lo que la apaga; nadie negará que esa creencia es muy legítima y fundada, por ser la experiencia de lo que pasa lo que la impone.

Con sólo estimar un cierto cuadro de impresiones como el anuncio de lo que apaga el hambre, ya se percibe la cosa que nutre como una cosa exterior. Ya no es, como lo fué en un momento más oscuro de la intelección, una cosa que ingresa y determina un efecto benéfico, sino lo que ha de ingresar para producirlo; ya no es lo que extingue el hambre, sino lo que ha de extinguirla. Se adivina por medio de esas impresiones el efecto que su ingestión ha

de producir, conforme se recuerda de otras veces, y así es como esas impresiones se hacen representativas, no de este efecto, sino de la cosa exterior que ha de surtirlo. A partir de ese momento, se percibe en el mundo ambiente algo que complementa lo que la sensibilidad trófica acusa como una falta o como una ausencia en el organismo; ha bastado que el sujeto pudiese representarse por un cierto cuadro sensorial lo que puede saturar las deficiencias nutritivas, para que lo real que nos falta sufriese una reversión al ser visto o percibido fuera del propio organismo.

Véase, pues, por obra de qué engranaje lógico una impulsión que brota del antro orgánico como una fuerza ciega y nos lanza hacia el mundo exterior, deja de ser ciega, transformándose en intelectiva, cuando los notas aisladas que suministran los sentidos proporcionan los elementos representativos de la cosa que nutre. Por un trabajo central, cuyos términos vienen

impuestos, de un lado por el propio organismo, y de otro por el mundo exterior, el hambre se hace representativa de las cosas alimenticias, y como en todas ocasiones el sujeto se guía por lo que sabe, no apetece ya más que aquellos alimentos cuyos buenos efectos lleva experimentados y reconoce por un cuadro dado de impresiones externas. En ese cuadro puede darse una variante, a pesar de ser el alimento el mismo; y ante ella, el sujeto queda como dudoso y vacilante sobre si se encuentra o no en presencia de lo que apetece. Cambiadle al niño, a los pocos días de haber nacido, el pezón por el biberón, o viceversa, o siquiera cambiadle un biberón algo rígido por otro más blando, y protesta del cambio ruidosamente; y con esa protesta, claro indicio nos da que lo que desea es que reaparezca la misma impresión, porque con la nueva ya no sabe, como lo sabía con la antigua, si se halla en presencia de lo que apetece. Espolvoread el pezón

con secotrino, y ante el nuevo sabor, tan diferente del que esperaba, tampoco reconoce el alimento, hallándose en la misma situación en que nos hallamos nosotros al llevar a la boca un pedazo de pan impregnado de un olor extraño. Para vencer estas repugnancias y readaptarse a las nuevas impresiones, es preciso que el hambre se intensifique, volviendo al estado de aquella fuerza ciega que determina la ingestión maquinal.

CÓMO LA REPRESENTACIÓN VARÍA CON LA COSA REPRESENTADA

TAL como nos representamos, de una manera global, la cosa que nutre, nos representamos a la vez las variaciones sustantivas que esta cosa experimenta a medida que las acusa en la conciencia la sensibilidad trófica; de suerte que no sólo sabemos que en el mundo ambiente hay sustancias capaces de devolver al organismo lo que ha consumido o eliminado y le hace falta, sino que sabemos si esas sustancias son las mismas de antes o han sufrido variaciones. El conocimiento de estas variaciones no nos viene ciertamente de las sensaciones externas, sino de esas

otras sensaciones internas de que nos ocupamos, que reproducen, como el eco al sonido que refleja, cuantas deficiencias experimentan los elementos celulares al nutrirse. Basta describir, siquiera sea de una manera muy sucinta, el desenvolvimiento natural de los hechos, para penetrarnos profundamente de que el conocimiento que poseemos acerca de la realidad de las cosas nos viene impuesto por una experiencia impecable a fuer de rigurosa y exacta.

Todos sabéis que no es la madre la que fija al crío la ración de leche: es el niño quien se la tasa según las necesidades de la nutrición. Cuando a esa ración le llegue el turno de ser utilizada, suministra a las células un nutrimento suficiente para tres horas, por ejemplo, y transcurrido ese plazo, el hambre reaparece reclamando una nueva ración. Ese ritmo no se altera mientras las condiciones internas de la nutrición y las condiciones externas del alimento subsistan idénticas; mas si la leche

sufre un aguado, en igualdad de volumen contiene una porción menor de principios fijos, suministrando una cantidad inferior de nutrimento; y como a la nutrición no se la engaña, reaparece el hambre al cabo de dos horas, pongamos por caso. Como el hecho se repita fraguando estado central o conmemorativo, con un mismo cuadro de impresiones sensoriales, el niño conoce lo que la madre ignora: que la leche ha sufrido una deficiencia sustantiva. Ese conocimiento, como comprenderéis, no le viene al niño de los sentidos; es la sensibilidad trófica la que acusa el hecho; ahora como antes, los sentidos se limitan a suministrar los elementos sensoriales representativos, no de la cosa en sí misma, sino de los efectos que esta cosa determina.

Supuesto que el aguado de la leche sea excesivo y persistente, el mal no puede remediarse con forzar la ración. El niño padece hambre, y como se desmejora lentamente, no queda otro recurso que bus-

carle una nodriza. Ante ese nuevo alimento queda inapetente, porque no lo conoce. Sigue amando al único alimento que conoce, por insustancial que sea; mas cuando vencido por el hambre ciega que le hostiga, pruebe el nuevo alimento, a medida que con él sean saturadas más holgadamente las avideces tróficas, renace en el sujeto, con la euforia fisiológica, la alegría del vivir. Instruído por esas nuevas experiencias, distingue por un cierto cuadro de impresiones uno y otro alimento, y mientras se apasiona por el nuevo, cobra aversión al antiguo. Uno y otro cuadro de impresiones son representativas de dos cosas sustantivamente distintas; por ellos conoce el efecto que una y otra han de producirle, conforme el ensayo repetido se lo ha demostrado, procediendo como si razonase de la siguiente manera: «Lo que me represento por las impresiones A, B, C, sé que me deja hambriento por haberlo ensayado experimentalmente, y por esto lo recuso

como malo; lo que me represento por las impresiones A', B', C', lo apetezco; esto es, deseo que reproduzca los mismos efectos cuando vuelva el hambre.»

Lo propio cabe decir de una leche que por lo vieja resulta demasiado rica en elementos fijos y escasa en agua. El niño padece sed, y como acierte la solicitud maternal a remediar esa penuria de los elementos celulares, sea con tisanas, sea modificando la secreción láctea con la fijación de un cierto cuadro de impresiones externas, dispondrá ya el sujeto de los medios de que necesita para reconocer en el ambiente lo que apaga esta necesidad.

Supuesto que la leche sea deficiente en uno de sus componentes tan esencial como la lactosa, las avideces de la materia viva por las grasas, sustancias proteicas, aguas y sales son ampliamente saturadas por el nutrimento que la leche renta; pero no lo son en la medida que precisa respecto a los hidratos de carbono. De ahí el nacimiento



de un hambre especializada para ese producto, de ahí la tendencia a buscarlo; mas para acertar con ello se necesita de signos sensoriales que denuncien su presencia; y si por los azares de experiencias fortuitas acierta el sujeto a descubrir que lo que extingue esa ansiedad trófica, es lo mismo que el paladar acusa como dulce, repugnada será la leche cuya lactosa no sea denunciada por medio de esa representación sensorial. En ese sabor global que llamamos sabor de leche, los estímulos tróficos tienden a discriminar un sabor especial, una cualidad que es para el sujeto el símbolo de una sustancia cuya deficiencia acusó la sensibilidad trófica. Lo propio cabe decir de la caseína y de la grasa. Difícil es precisar cómo se acusan sus sabores, cómo se diferencian sus olores, cómo por su mayor o menor pastosidad las acusa el tacto bucal; pero es indudable que el niño, a medida que se instruye y avanza en su desarrollo mental, diferencia una

leche de otra, no por los efectos tróficos que determinan, sino por los signos que le confieren la capacidad de preverlos con el recuerdo que de estos efectos conserva.

PSICOGÉNESIS DEL APETITO

ESAS formas rudimentarias con que en la primera edad nos representamos las cosas que nutren, se complican extraordinariamente, a medida que la alimentación se hace más compleja; pero el procedimiento con que llegamos a diferenciar unos alimentos de otros y a avalorar su potencialidad nutrimenticia, siempre es el mismo que emplea el niño para conocer las diferencias nutrimenticias de dos o más leches.

Al empezar el destete, el niño se queda inapetente a la vista de una sopilla de leche o de tapioca. Como no sabe qué efectos han de determinar esos alimentos, ignora que lo sean; mas a medida que se le

obliga a probarlos, intensificando el hambre hasta la ceguera por medio de la abstinencia, fijan estos ensayos en la sensibilidad trófica el recuerdo de sus respectivos coeficientes nutritivos, y con esto se despiertan tendencias a volver a ingerirlos, y se llega a apetecerlos según se vaya acostumbrando, como dicen las mujeres del pueblo. Apetecer estos alimentos es desear que vuelvan a repetir el mismo efecto que se determinó con su ensayo; y para que esa apetencia despierte, es menester que el sujeto se represente la cosa que lo determina bajo la misma forma sensorial con que fué ensayado. Las madres poseen como nadie la intuición de la psicogénesis de ese apetito; ellas comprenden que para que sus críos coman con ganas, lo mejor es presentarles la comida de una manera uniforme, con un plato del mismo color, con la misma cucharilla, con la misma temperatura, olor, sabor y dilución; y por el gesto del niño adivinan qué nota

falta para que el cuadro sea completo, y en vez de contrariar lo que parece un capricho, lo hallan tan natural como natural le parece al adulto que se rechace el pan cuando huele mal o cuando le falta alguna de las notas sensoriales con que lo reconocemos.

Eso mismo hacemos todos al reconocer la presencia de los alimentos que vamos a ingerir. De todos ellos, recordamos el efecto trófico que nos produjeron cuando fueron repetidamente ensayados, y ese efecto nos lo representamos en la cosa como la posibilidad de reproducirlo por un cierto y determinado cuadro de impresiones, flotante y vago, que los sentidos nos presentan invariable y uniformemente. Si nos empeñamos en buscar introspectivamente en los folios de la memoria estos recuerdos tróficos y observar cómo son, fracasaremos, porque el análisis interior no va tan lejos; si, por otra parte, nos empeñamos en describir más minuciosamente

los componentes sensoriales de esa representación, tropezaremos con graves dificultades y divagaremos a través de vanas sutilezas introspectivas. Sólo tomando este hecho primitivo de la mente, tal como una observación sincera nos lo presenta de una manera global, reconoceremos lealmente que no nos representamos las cosas que nutren de la misma manera que nos representamos los cuerpos individuales y emplazados en el lugar del espacio que respectivamente ocupan.

Por si la observación del hecho no bastase a persuadirnos, yo os invito a trasladaros mentalmente a un país lejano donde no coman como nosotros comemos, ni guisen como en nuestro país, ni presenten los manjares como aquí solemos presentarlos: a la China, por ejemplo. Los chinos se alimentan con los mismos productos que nosotros. Son los mismos los hidratos de carbono, las grasas y las albúminas que ellos consumen y los que aquí consumi-

mos, y, a pesar de ser así, vosotros no reconocéis su presencia cuando os los sirven, porque es tan diferente el aspecto sensorial con que os los presentan del que estáis acostumbrados, que ningún recuerdo trófico os despiertan, y, a pesar de aguijonearos el hambre, no sabéis con qué habéis de satisfacerla por seros desconocidos los alimentos. Ante ellos os halláis en las mismas condiciones del niño en el destete a la vista de la sopilla de leche, en las mismas condiciones en que se halla ante la nodriza que viene a suplir ventajosamente la leche aguada de la madre. Será necesario que el hambre celular se intensifique hasta volver a su ceguera nativa, para que os decidáis, venciendo vuestras repugnancias, a emprender nuevos ensayos que os instruyan acerca de las propiedades de aquellos alimentos que bajo formas tan nuevas se os presentan; y así es como os readaptaréis: volviendo a empezar por donde empezasteis en vuestro país.

*EL SIGNO DEL EFECTO TRÓFICO
LO ES DE UNA REALIDAD*

VED, pues, hasta qué punto es cierto que nos representamos las cosas que nutren por medio de un conjunto de impresiones sensoriales, que cada cual se forma a su manera, según sean las circunstancias que dieron lugar a su formación, y que pueden cambiarse siempre que el ensayo trófico debido la preceda. La imagen que de su conjunto resulta carece de valor objetivo; por ella no nos representamos la cosa, sino el efecto trófico que es capaz de producir. Esa cosa, pues, es percibida como la posibilidad de determinar este efecto, quedando oculta, subyacente a la percepción misma. Mas con sólo compro-

bar de una manera práctica o experimental que siempre determina el mismo efecto, que siempre suministra al organismo lo que le hace falta, esta imagen se hace representativa de la realidad que en esta cosa existe, puesto que nos proporciona lo que de real nos falta para seguir viviendo. Nada más cierto que nuestra imagen no la reproduce en la mente tal como es en sí misma, bien así como una copia reproduce el original; pero nada es más cierto también que con todo género de sensaciones visuales, acústicas, táctiles, sápidas, térmicas, olfatorias, con su infinita pluralidad de cualidades, con su infinita variedad de matices, somos capaces de representarnos el efecto que nos ha de producir, y por ser así cabe afirmar que por el mero hecho de hacerse la sensación representativa del alimento, se hace representativo de lo real, de lo que es, de lo que subsiste como la posibilidad perenne de reintegrarnos cuanto nos hace falta.

La poderosa intuición de Helmholtz, el más genial de los psicólogos modernos, sentó que la sensación es un signo que debe ser interpretado. Pues bien: la primera interpretación de que es objeto la sensación, al pasar de la oscuridad de lo subconsciente a la luz de la intelección, consiste en hacerse representativa de lo real que nutre; ella es el signo por medio del que colegimos su presencia exterior. Como la palabra que recoge la mente del que escucha no es simplemente el sonido que vibra en el aire y se disipa, sino que es un sonido que despierta un eco en esa mente que la recoge y entiende su significación, así la sensación, asociada al recuerdo trófico, despierta la previsión del efecto que hemos de experimentar, y por esto la consideramos como el signo de lo que ha de determinar ese efecto. Como la palabra tiene un valor superior al del sonido, así ese signo vale por lo que significa; por él entendemos que en la cosa ali-

menticia hay algo incorporable, algo que nos sustenta, algo que ha de ser plasma de nuestros plasmas y humor de nuestros humores, y así es como amamos esa cosa como amamos nuestra propia vida, por ser este mismo amor visto en la cosa que ha de mantenerla. Ilusoriamente nos figuramos que el niño ama la leche porque es dulce, y es la pura verdad que la apetece por lo que esta dulzura significa. Si la lactosa en vez de dulce fuese amarga, se amaría su amargor con el mismo delirio con que ahora se ama su dulzura. Ilusoriamente nos figuramos que lo que hace apetecible al alimento es el aspecto con que los sentidos lo presentan, y es la pura verdad que amamos la cosa que ese aspecto nos denuncia. Suprimid con la anorexia el amor trófico, y ese mismo aspecto inspira aversión y repugnancia. El apetito es como el amor sexual: aspira a la posesión. Donde falte el deseo de reproducir el efecto trófico, donde falta el hambre celular,

los signos representativos de lo que puede satisfacerla son como las palabras que nada expresan: signos sin significación. Sin la fruición de esa posesión se desvanece la alegría del vivir. Nada tan triste, nada tan trágico como el ánimo del anoréxico. Se siente desligado de la vida como si fuere extraño al ambiente al que estamos soldados. Recuerdo al efecto la contestación que dió un canceroso del estómago, de térreo semblante, de esos que no se mueren nunca, a un pobre que le pedía limosna y se consideraba desgraciado por padecer mucha hambre: «¿Te crees desgraciado—le dijo—y tienes hambre?»

*CÓMO EL SIGNO DEL EFECTO
TRÓFICO SE OBJETIVA*

A la luz de una observación serena, libre de sugerencias, descubrimos un estadio en la vida intelectual en que se da a las sensaciones el valor representativo de lo real. Y por ahí se empieza a comprender qué somos y que nuestro ser no subsistiría si no se estableciese un comercio activísimo con el ser exterior; lo uno presupone lo otro. Mas el trabajo de la vida mental sería muy menguado si aquí se detuviese y no pasase del conocimiento de las cosas que nutren. Los colores que en ese estadio flotan en la visión como desprendidos de los objetos a que pertenecen,

sugiriéndonos el recuerdo del efecto trófico que experimentamos otras veces; los sonidos percibidos como la señal que avisa la presencia de lo que determina este efecto; los sabores, los olores y los contactos por medio de los cuales nos dábamos cuenta de la presencia de esta cosa, poco a poco, y siempre por obra de una experiencia complejísima, se van refiriendo a los respectivos objetos a que pertenecen, y así es como percibimos los platos que rodean la mesa por su color y por su timbre, por su resistencia y por su contacto, agrupando sobre un mismo objeto las varias impresiones que determina en distintos sentidos, y así es como se destacan en el ambiente espacial la pluralidad de objetos que lo pueblan. Las cualidades sensoriales con que individualmente nos los representamos, son las mismas que evocaban en la mente el recuerdo nutrimenticio que la cosa o lo real determinaba en el organismo, y como nos vienen ya impuestas con

ese valor representativo, al predicarlas de los respectivos objetos a que corresponden, seguimos creyendo que son el signo que nos denuncia en esos objetos la presencia de algo real, de algo sustantivo emplazado en el lugar que ocupa. La dulzura, decíamos antes, ni es la copia ni el conocimiento directo de la cosa, sino el signo que nos delata la presencia de una cosa cuya realidad acusa la sensibilidad trófica; la dulzura, decimos ahora, percibida en el cuerpo alimenticio llamado lactosa o percibida en un cuerpo inerte como la sacarina, sigue siendo el signo de una cosa que resta subyacente. La transparencia con que se nos delata la presencia de un cuerpo como el agua, cuya realidad cabe experimentar directamente, es el signo de esta cosa; mas esa transparencia misma vista en el cristal es también el signo de una cosa real que en sí misma no es transparente, como no es dulce la sustancia que con ese signo simbolizamos.

Los hechos de la mente se suceden unos a otros con trabazón tan estrecha, que de los antecedentes salen rodados los consecuentes, como de la condición genética que legitima su aparición. Cuando un estado aparece en la mente y no acertamos a descubrir los antecedentes de que se desprende, se nos figura que es dado sin sujeción al régimen lógico que preside a su desenvolvimiento, como un cierto plan estructural uniforme preside a la organización del huevo fecundado. De ahí que, cuando empezamos el estudio de la inteligencia por la percepción externa y no por su principio, nos asombra que refiramos las impresiones sensoriales a los objetos, ya que para atribuir el color, el timbre, la sapidez, a lo que en estos objetos hay de real o sustantivo, necesitamos haber averiguado cómo hemos llegado a saber que estos objetos son. ¿Por obra de qué prodigio, nos preguntábamos anteriormente, un sabor dulce o un sabor salado nos anun-

cia la presencia de una cosa que en sí misma ni es dulce ni es salada? ¿Por qué milagro un color nos anuncia la presencia de una cosa sombría? Nos falta aquí el antecedente explicativo de esa intelección, y como nos repugna creer que en este punto la inteligencia pueda pensar contra lógica, lo que en ella se nos presenta formulado no nos parece arbitrario, pero si inexplicable; mas cuando a la luz de la experiencia observamos que la impresión sensorial primero se hace representativa de la cosa real que del objeto espacial, se nos pone de manifiesto el antecedente lógico que legitima la conclusión de que en el objeto, independientemente de las impresiones sensoriales que le atribuimos, subsiste algo que no es percibido por los sentidos.

Por la vía de la experiencia o por la vía especulativa que siguiera Kant, llegamos al conocimiento de lo real como si en sí mismo fuera algo irrepresentable, a pesar de presuponerse como la base de toda re-

presentación posible. Que ese conocimiento sea impuesto en la inteligencia desde la cosa misma, como lo concebía Kant, o lo sea por los efectos sensoriales que determina, ello es en uno y otro caso, que, el objeto del conocimiento es levantado siempre sobre ese estroma sólido, del que no puede prescindirse al pensar ya que sin ello el pensamiento humano sería huero como lo es un sueño. Como de lo real vivimos, sobre lo real pensamos al construir interiormente la forma representativa con que lo concebimos.

EL PROBLEMA METAFISICO

LA realidad, sin embargo, que concebimos bajo una forma representativa, ha sido declarada abusivamente incognoscible en nombre de la ciencia positiva. Yo no sé cómo pueda declararse incognoscible aquello cuya existencia conocemos con tal claridad, aquello que en igualdad de condiciones nos produce constantemente unos mismos efectos sensoriales, aquello que constituye el fundamento de la ciencia experimental: dijérase que es irrepresentable por medio de elementos sensoriales, y se hablaría con más propiedad; pero declararlo incognoscible con este motivo, nos parece una temeridad. El ser,

la sustantividad, la realidad, como queráis llamarlo, de cerca y de lejos nos envuelve como un mar sin orillas; las manifestaciones fenoménicas le están vinculadas como de su eficiencia creatriz, como lo están los efectos que fulgura en la conciencia. Cuanto aparece, desaparece y vuelve a reaparecer en el mundo exterior y en nuestra propia conciencia, es materia de observación cierta y segura, y nuestra mente alcanza la previsión de cuándo reaparecerá y de cómo volverá a presentarse, precisamente porque sabe que aquella cosa que lo engendra y lo produce de sí misma, siempre lo engendra y lo produce de la misma manera. Al erigirnos en profetas de lo que sucederá, creando la ciencia experimental, nos inspiramos en el conocimiento profundamente metafísico de esta cosa. Ni la verdad experimental existiría, si no abrigásemos la certidumbre profunda de que lo observable es la obra de algo más recóndito que palpita en la sombra como

lo irreductible a experiencia. De ahí que el problema metafísico se presuponga al mismo problema de la ciencia experimental. Será cómodo suprimirlo; pero el problema está ahí como una esfinge que nos sale al paso en el camino de la vida.

El problema metafísico existe. ¿Es soluble, es insoluble? ¿Cabe conjeturar lo que en sí mismo sea lo que se presupone a la verdad observable? Yo no lo sé. A mí me parece que dogmatizan los que lo declaran insoluble porque no se acierta a resolverlo. Y dogmatizan también los que tratan de imponernos su concepción personal acerca del mismo; me parece, además, que los que se explican lo observable por *la acción que lo produce*, dan por supuesto que conocen la naturaleza de la causa productora, y ese supuesto es ilusorio; y no advierten que lo sea por no tirar una línea divisoria entre lo que se toca y se ve y aquello otro más hondo que ni se toca, ni se ve, ni es reductible a forma sensible.

EL PROBLEMA RELIGIOSO

LO único que me parece cierto es que el problema metafísico es profundamente humano. Sabemos de nuestra progenie, sabemos por dónde pasamos al viajar sobre la tierra; pero no sabemos adónde vamos ni cuál sea nuestro destino. El problema metafísico no sería tan doloroso para el hombre como lo es, de no existir el hecho de la muerte. Pensamos y sentimos, y prácticamente el hecho de sentir y pensar está vinculado a la reacción neurofisiológica por manera evidente; mas la reacción neurofisiológica no produce ni engendra el hecho de pensar y sentir; aquellas reacciones y estos hechos son efectos de una rea-

lidad subyacente, cuya comprensión se nos escapa por ser para nosotros irrepresentable, pero cuya existencia están indubitable, que sin ella no sería posible ni la fisiología ni lo sería la psicología. Mas llega el día en que se extingue la vida en el sensorio y se apaga la luz de la mente. ¿Qué se hizo de la realidad subyacente que determinaba efectos neurofisiológicos y encendía en la mente la divina luminaria? Todo fué claro al observar los efectos; todo se ensombrece al hallarnos en presencia de la realidad pura, que es como la roca negra que nos cierra el paso.

Si no nos muriésemos, distraídos con los quehaceres de la vida, hallaríamos en la propia vida el objetivo de la misma; mas la muerte traza ante nosotros un interrogante formidable: ¿Qué es de esa determinante de la personalidad? No lo sabemos, a pesar de lo mucho que nos interesa saberlo. Por vueltas que le demos, siempre nos hallamos dentro del mismo círculo, y

como nada exaspera tanto como la impotencia, el cerebro se caldea con esas imaginaciones y la mente se exalta y muge sordamente, como la olla que hierve solitaria en el hogar, sin acertar con la solución y sin abrirse a una luz consoladora. Y esto nos explica por qué el hombre se acoge a la fe como a un ánclora de salvación, y en vez de explicar, cree. Tuvo una inspiración genial el artista que representó a la fe bajo la forma de una matrona serena y con los ojos vendados. Mirándolo bien, hay que convenir que la fe ingenua, la fe athanasia, de que nos habla Unamuno, la fe del carbonero, de que nos habla el pueblo, es más sabia de lo que parece. Los que se afanan en explicar todo eso, hasta ahora no nos han dado cosa mejor.

PUBLICACIONES DE LA
RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

ESTAS publicaciones responden a la necesidad de buscar una expresión de la actividad espiritual que en la *Residencia* y en torno de ella se ha ido desenvolviendo. Los varios modos en que va cuajando esta actividad, estarán representados en diferentes series de libros. No se trata, pues, tan sólo, de dar publicidad a los trabajos de los Residentes, primeros frutos de su formación científica, sino de recoger también otras producciones que han nacido al contacto de la *Residencia* con el ambiente ideal exterior. La obra de la *Residencia* ha sabido atraer la atención y el apoyo moral de literatos, científicos y políticos, que trabajan unidos a su lado, como si se tratase de una obra propia; y este núcleo formado en torno de la *Residencia* se ha dispuesto, con devoción y con entusiasmo, a sembrar en ella y desde ella, en la juventud española, los ideales de la Patria futura. En fin, la continuidad de la labor educacional de la *Residencia*, la lleva a perpetuar en sus publicaciones momentos ejemplares de la cultura universal y de la vida nacional, para todo lo cual encontrará cauce en las actuales series y en otras nuevas que a su tiempo saldrán a luz.

SERIE I. CUADERNOS DE TRABAJO:

Con estos cuadernos de investigación quisiera la RESIDENCIA contribuir a la labor científica española.

1. EL SACRIFICIO DE LA MISA, por GONZALO DE BERCEO. Edición de *Antonio G. Solalinde*. (Publicado.) 1,50 ptas.
2. CONSTITUCIONES BIAULIE MIRABETI. (1328) Edición de *Galo Sánchez*. (Publicado.) 1,50 ptas.
3. ¿QUÉ ES LA ELECTRICIDAD?, por *B'as Cabrera*. (Publicado.) 3,50 ptas.
4. LA BASE TRÓFICA DE LA INTELIGENCIA, por *R. Turró*. (Publicado.) 3 ptas.
5. Un profesor español del siglo XVI: JUAN LORENZO PALMIKENO, por *Miguel Artigas*
6. BAQUILIDES. Traducción del griego, por *Pedro Bosch y Gimpera*.
7. EL RENACIMIENTO EN ESPAÑA. Introducción metódica, por *Federico de Onís*.

SERIE II. ENSAYOS:

Componen esta serie trabajos originales que, aun versando sobre temas concretos de arte, historia, ética, literatura, etc., tienden a expresar una ideología de amplio interés, en forma cálida y personal.

1. MEDITACIONES DEL QUIJOTE. Meditación preliminar y Meditación primera, por *J. Ortega y Gasset*. (Publicado.) 3 ptas.
2. AL MARGEN DE LOS CLÁSICOS, por *Azorín*. (Publicado.) 3,50 ptas.
3. EL PROTECTORADO FRANCÉS EN MARRUECOS Y SUS ENSEÑANZAS PARA LA ACCIÓN ESPAÑOLA, por *Manuel González Hontoria*. (Publicado.) 4 ptas.
4. EL LICENCIADO VIDRIERA, VISTO POR *Azorín*. (Publicado.) 3 ptas.
5. ENSAYOS. Tomo I, por *M. de Unamuno*. (Publicado.) 3 ptas.
6. UN PUEBLECITO, por *Azorín*. (Publicado.) 3 ptas.
7. ENSAYOS. Tomo II, por *M. de Unamuno*. (Publicado.) 3 ptas.

8. LA EDAD HEROICA, por *Luis de Zulueta*.
(Publicado.) 2,50 ptas.
9. ENSAYOS. Tomo III, por *M. de Unamuno*.
(Publicado.) 3 ptas.
10. LA FILOSOFÍA DE HENRI BERGSON, por *Manuel G. Morente*. (Publicado.) 2,50 ptas.
11. ENSAYOS. Tomo IV, por *M. de Unamuno*.
(Publicado.) 3 ptas.
12. EL SENTIMIENTO DE LA RIQUEZA EN CASTILLA, por *Pedro Corominas*. (Publicado.)
3,50 ptas.
13. ENSAYOS. Tomo V, por *M. de Unamuno*.
(Publicado.) 3 ptas.
14. CLAVIJO EN GOETHE Y EN BEAUMARCHAIS,
comentado por *Azorín*.
15. DICCIONARIO FILOSÓFICO PORTÁTIL, por
Eugenio d'Ors.
16. LA UNIVERSIDAD ESPAÑOLA, por *F. de Onís*.
17. EL ARTE ESPAÑOL, por *Manuel B. Cossío*.
18. MEDITACIÓN DEL ESCORIAL, por *J. Ortega
y Gasset*.
19. LA EPOPEYA CASTELLANA, por *Ramón Me-
néndez Pidal*.
20. EL DERECHO INTERNACIONAL EN LA GUE-
RRA GRANDE, por *Gabriel Maura*.
21. MEDITACIONES DEL QUIJOTE. Meditación
segunda y Meditación tercera, por *J. Or-
tega y Gasset*.
22. ENSAYO SOBRE LA HISTORIA CONSTITUCIO-
NAL DE ESPAÑA. (Estudio de la vida po-
lítica española en el siglo XIX, con los
textos de las Constituciones), por *Fer-
nando de los Ríos y Urruti*.
23. ENSAYOS SOBRE SHAKESPEARE, por *Ramón
Pérez de Ayala*.

Y otros de Pío Baroja, Gabriel Alomar, Nicolás Achúcarro, Pedro Dorado y Montero, etc.

SERIE III. BIOGRAFÍAS

Para promover viriles entusiasmos, nada como las vidas heroicas de hombres ilustres, exaltadas por espíritu gemelos. Esta serie

consta de ejemplares biografías, cuya traducción se ha confiado a escritores competentes.

1. VIDA DE BEETHOVEN, por *Romain Rolland*, Traducción de *Juan Ramón Jiménez*. (Publicado.) 3,50 ptas.
2. VIDA DE MIGUEL ÁNGEL, por *Romain Rolland*. Traducción de *Juan Ramón Jiménez*.
3. VIDA DE TOLSTOI, por *Romain Rolland*. Traducción de *Juan Ramón Jiménez*.
4. VIDA DE CARLOS XII, por *Voltaire*. Traducción de *E. Díez-Canedo*.
5. FICCIÓN Y REALIDAD (*Dichtung und Wahrheit*), por *J. W. Goethe*. Traducción de *Ramón María Tenreiro*.

SERIE IV. VARIA:

La RESIDENCIA se propone perpetuar, con esta serie, la eficacia de toda manifestación espiritual (lecciones, giras, conferencias, conmemoraciones), que impulse la nueva España hacia un ideal puro, abierto y definido.

1. DE LA AMISTAD Y DEL DIÁLOGO, por *Eugenio d'Ors*. (Agotado.)
2. JEAN SÉBASTIEN BACH. AUTEUR COMIQUE, por *M. Anaré Pirro*. (Publicado.) 1,50 ptas.
3. APRENDIZAJE Y HEROÍSMO, por *Eugenio d'Ors* (Publicado.) 2 ptas.
4. FIESTA DE ARANJUEZ, EN HONOR DE AZORÍN. Discursos, poesías y cartas. (Publicado.) 1,50 ptas.
5. DISCIPLINA Y REBELDÍA, por *Federico de Onís*. (Publicado.) 1 pta.
6. PORVENIR DE LA LITERATURA DESPUÉS DE LA GUERRA, por la *Condesa de Pardo Bazán*. (Publicado.) 1 pta.
7. POESÍAS COMPLETAS, de *Antonio Machado*, en un volumen. (Publicado.) 4 ptas.

EL SACRIFICIO DE LA MISA, por
GONZALO DE BERCEO. Edición de
ANTONIO G. SOLALINDE. —Precio:
1,50 ptas.

DE LA AMISTAD Y DEL DIÁLO-
GO, por EUGENIO D'ORS. Agotada.

MEDITACIONES DEL QUIJOTE,
por JOSÉ ORTEGA Y GASSET. *Medita-
ción preliminar. Meditación primera.*
Precio: 3 ptas.

JEAN SÉBASTIEN BACH, AUTEUR
COMIQUE, par M. ANDRÉ PIRRO.—
Precio: 1,50 ptas.

AL MARGEN DE LOS CLÁSICOS,
por AZORÍN.—Precio: 3,50 pesetas.

EL PROTECTORADO FRANCÉS
EN MARRUECOS Y SUS ENSE-
ÑANZAS PARA LA ACCIÓN
ESPAÑOLA, por MANUEL GONZÁ-
LEZ HONTORIA.—Precio: 4 ptas.

APRENDIZAJE Y HEROÍSMO, por
EUGENIO D'ORS.—Precio: 2 ptas.

FIESTA DE ARANJUEZ, en honor de
AZORÍN. *Discursos, poesías y car-
tas.*—Precio: 1,50 ptas.

CONSTITUCIONES BAIULIE MI-
RABETI. Edición de GALO SÁN-
CHEZ.—Precio: 1,50 ptas.

EL LICENCIADO VIDRIERA, visto
por AZORÍN.—Precio: 3 ptas.

DISCIPLINA Y REBELDÍA, por FE-
DERICO DE ONÍS.—Precio: 1 pta.

VIDA DE BEETHOVEN, por Ro-
MAIN ROLLAD. Traducción de JUAN
RAMÓN JIMÉNEZ.—Precio: 3,50 ptas.

ENSAYOS. Tomo I, por MIGUEL DE
UNAMUNO.—Precio: 3 ptas.

UN PUEBLECITO, por AZORÍN.—
Precio: 3 ptas.

ENSAYOS. Tomo II, por MIGUEL DE
UNAMUNO.—Precio: 3 ptas.

LA EDAD HEROICA, por LUIS DE
ZULUETA.—Precio: 2,50 ptas.

ENSAYOS. Tomo III, por MIGUEL DE
UNAMUNO.—Precio: 3 ptas.

LA FILOSOFÍA DE HENRI BERG-
SON, por MANUEL G. MORENTE.—
Precio: 2,50 ptas.

ENSAYOS. Tomo IV, por MIGUEL DE
UNAMUNO.—Precio: 3 ptas.

PORVENIR DE LA LITERATURA
DESPUÉS DE LA GUERRA, por
la CONDESA DE PARDO BAZÁN.—
Precio: 1 pta.

¿QUÉ ES LA ELECTRICIDAD?,
por BLAS CABRERA.—Precio: 3,50
pesetas.

EL SENTIMIENTO DE LA RIQUE-
ZA EN CASTILLA, por PEDRO CO-
ROMINAS.—Precio: 3,50 ptas.

POESÍAS COMPLETAS DE ANTONIO
MACHADO.—Precio: 4 ptas.

ENSAYOS. Tomo v, por MIGUEL DE
UNAMUNO.—Precio: 3 ptas.

LA BASE TRÓFICA DE LA INTE-
LIGENCIA, por R. TURRÓ.—
Precio: 3 ptas.

PROSPECTO

DE LA

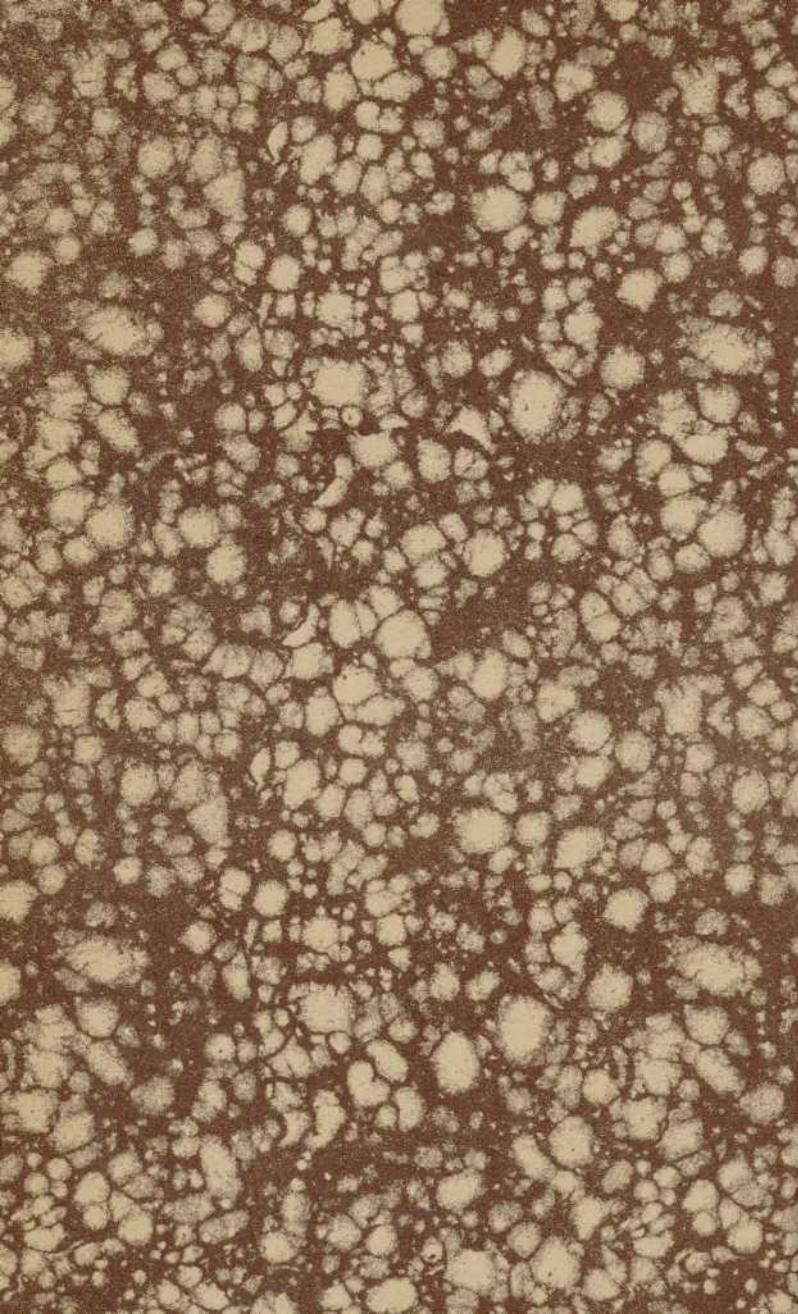
RESIDENCIA DE
ESTUDIANTES

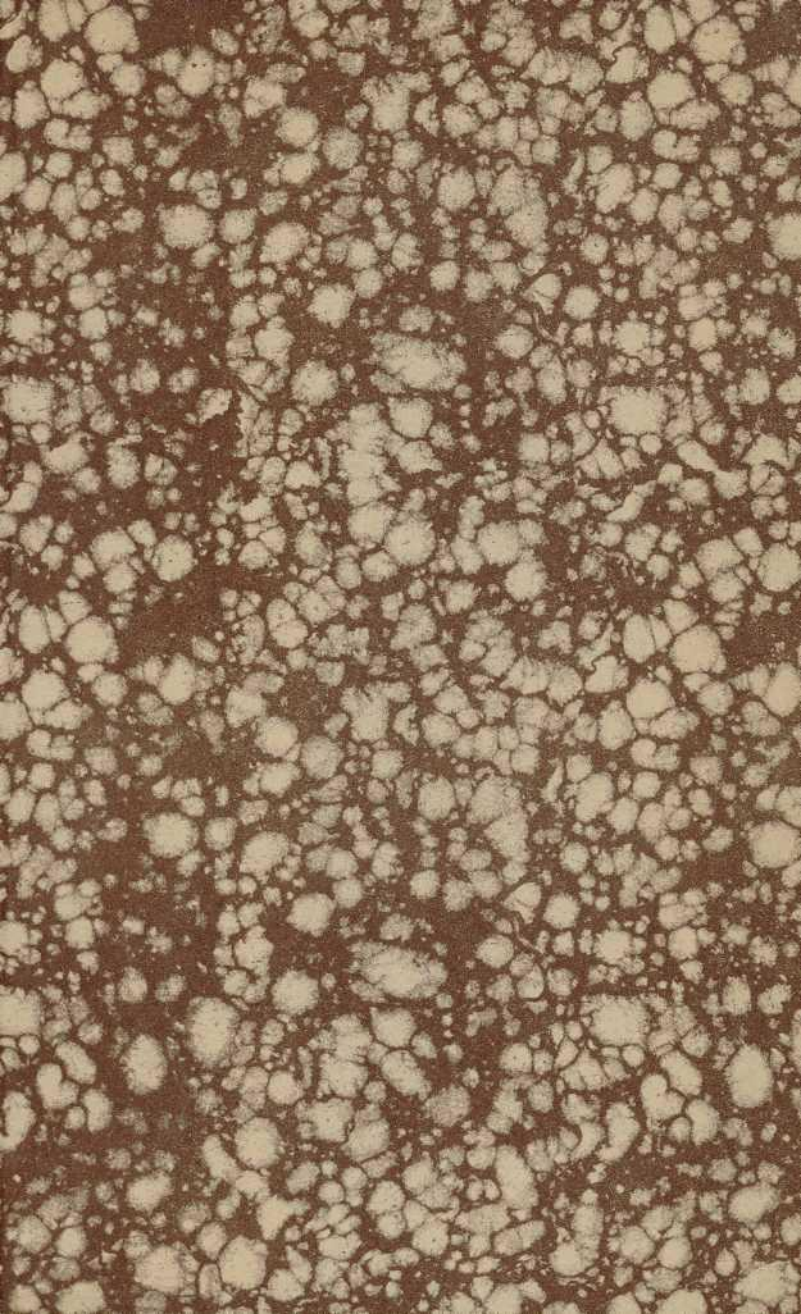
(NO SE VENDE)

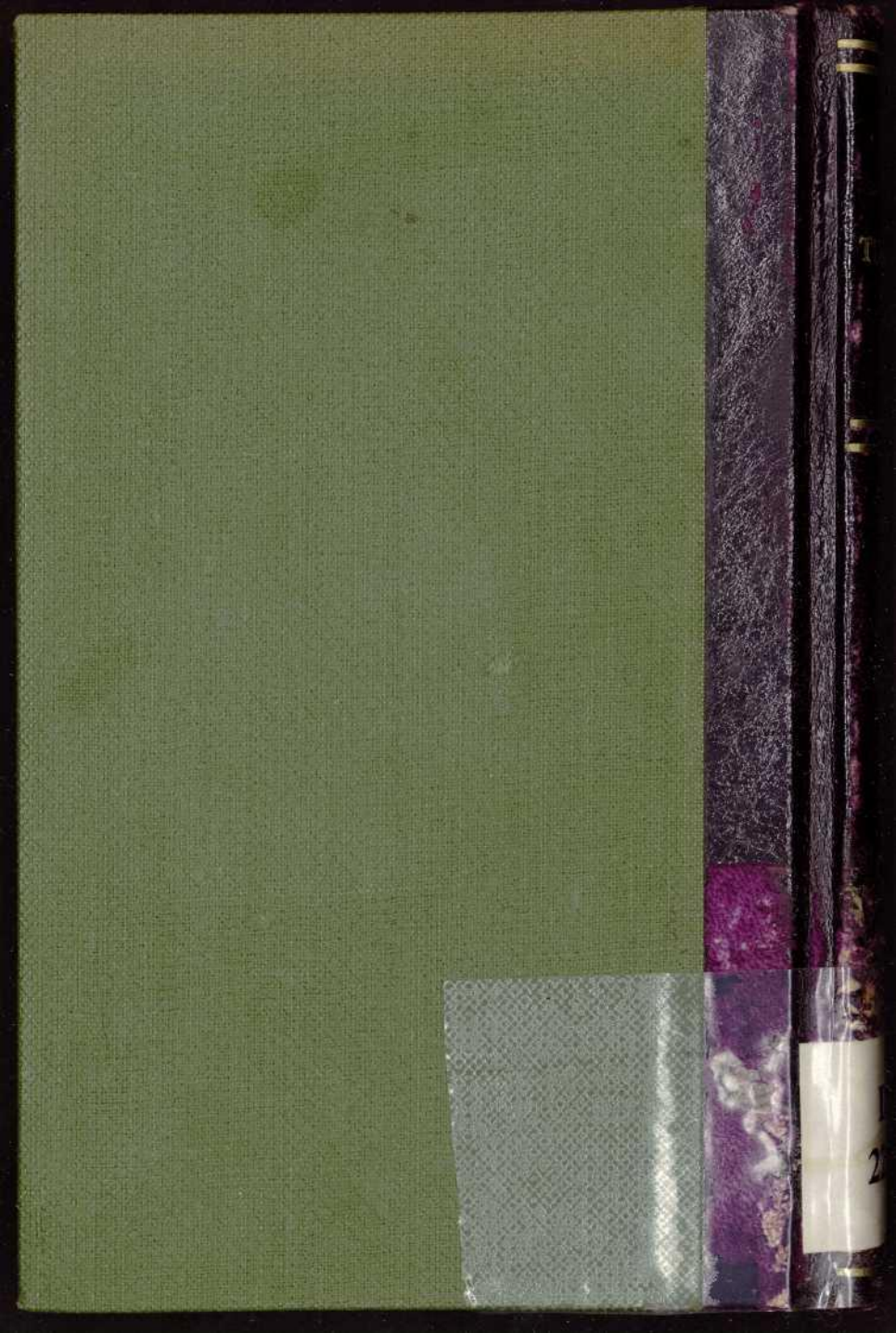
SE ENVIA A QUIEN LO
SOLICITE DEL PRESI-
DENTE DE LA RESIDENCIA
DE ESTUDIANTES • CALLE
DEL PINAR • MADRID



ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LA IMPRENTA CLÁSICA ESPAÑOLA
DE MADRID
EL DÍA 31 DE MAYO
DE 1918







D-2
22727

Crítica de la inteligencia

TURRO